



H. MATISSE 52

YO
RECUERDO

Arturo Fermandois Huerta



© Arturo Fernandois Huerta
Derechos reservados

Edición y redacción de contenidos: Arturo Fernandois Huerta.

Diseño y diagramación: www.antiparra.cl
Impreso en Santiago de Chile
1ª Edición / Septiembre 2016

MMXVI

Contenido

0.	Introducción	6
1.	Ancestro y primeros años	7
2.	Infancia en Recreo	13
3.	Adolescencia	17
4.	Viaje a Estados Unidos	23
5.	Regreso a Chile, 1955	31
6.	Amor en Cerro Alegre	35
7.	Desastre económico	39
8.	De cómo sobreviví	45
9.	La familia llega, crece, casa Bilbao, Huallelemu, Con Con	49
10.	Haciendo deporte con mis hijos	57
11.	Quiebre	63
12.	Mis padres desaparecen	67
13.	Se abre un mundo nuevo	71
14.	A toda vela	73
15.	Montaña, Tenis, Maratones	91
16.	Evolución al agnosticismo	101
17.	Siempre más	105
18.	Reflexiones y recuerdos finales	109
19.	AGRADECIMIENTOS	114
20.	APÉNDICE	115
	- Reflotamiento del "Gundulic"	115
	- Mi hermana Solange	119
	- Genealogía FERMANDOIS	120
	- Sobre la pronunciación del apellido FERMANDOIS	121

Introducción

Cuántos de nosotros hubiéramos querido saber más de nuestros padres y abuelos. Se nos quedaron tantas preguntas sin contestar, ellos ya no están. Entrando con paso firme en mis ochenta, pareciera que el tiempo está maduro como para dejar a mi descendencia menos preguntas por responder haciendo este recuento de mi vida.

Ni escritor ni periodista, me lanzo a escribir con la modesta sabiduría que los años me dieron. Los que lean estas líneas sabrán comprender mis falencias en la transmisión de lo acaecido conmigo en estos 82 años.

Cuando alguna vez hice un curso de comunicación eficaz en mis últimos años de trabajo, aprendí que la palabra sincera es mucho más efectiva. Teniendo esto muy en cuenta, me he propuesto mantener a concho esa línea, lo más lejos posible del lenguaje ampuloso o florido.

De carácter más bien tímido, diría quitado de bulla y poco agresivo, me ha costado en ocasiones salir adelante con proyectos más ambiciosos en la vida. Las páginas que siguen hablan lo suficiente como para que se formen una opinión de lo que digo.

Soy un agradecido de que mis padres me hayan traído al mundo, este mundo que es muy lindo vivirlo.

Como dice la canción...Gracias a la vida que me ha dado tanto.

Arturo Fernandois Huerta

Mayo, 2016



Sentados: Tío Gumaro, Tío Ismael (Malucho), Tío Pepe. Fila Central: Tío Gastón, Abuelo Arturo, Abuela Gumercinda, mi Mamá, mi Papá, Tía Lidia, N.N. Fila arriba: Anita Eggeling, Tío Mario, Abuela Lucrecia, Tata Ismael, Tía Isabel, Tío Jorge, Tía Lucrecia.

Capítulo 1

Ancestro y primeros años

Mis padres, Arturo y María Eugenia, se casaron el 24 de diciembre de 1932 en la quinta 'Villa Lucrecia' ubicada en la calle Anibal Pinto en Quilpué. La quinta pertenecía a mi abuelo materno Ismael Huerta Lira que se fue a vivir a Quilpué con mi abuelita Lucrecia Díaz Vargas cuando siendo contralmirante se retiró de la Marina en 1927.

En la hermosa foto del memorable día del matrimonio de mis padres tomada en la entrada de la casa en la quinta aparecen los novios, mis abuelos paternos Arturo Fernandois Reyes y Gumercinda Sánchez Córdoba, mis abuelos

maternos Ismael Huerta Lira y Lucrecia Díaz Vargas y, los padrinos y hermanos de los novios. Mi papá tenía 27 años, mi mamá 20.

La Armada había postergado el permiso para el casamiento por razones institucionales el que se habría realizado un año antes, ya que para casarse, debía mi padre tener el grado de Teniente 1º y los ascensos estaban demorados por un movimiento de la Marinería ocurrido en año anterior.

Sabemos que estaba dispuesto que los casara José Luis Fermandois Cabrera, capellán de la Escuela Naval, y tutor de mi papá en la Escuela. Sin embargo para el día de la boda estaba enfermo y envió reemplazante.

No sabemos cuál es el parentesco exacto del capellán Fermandois. Mi papá le dijo siempre tío José Luis y la familia lo conocía por 'tío Capellán. No aparece en el árbol genealógico, pero sabemos que su familia es de la provincia de San Fernando de donde son los padres de mi abuelo que nació en Chimbarongo. También sabemos que fue párroco de Paredones, un pueblo cercano a la costa de esa provincia. Se debe haber destacado como estudiante porque hizo sus estudios sacerdotales en Roma y posgrado en Lovaina.

Recuerdo su casa de 3 pisos en Playa Ancha cuando lo íbamos a ver. Allí él disfrutaba su retiro sentado en una silla mecedora mirando el mar. Su prima Lidia Cabrera, que aparece en la foto, vivía con él, lo cuidaba y nos contaba maravillada de las poesías del tío. La primera vez que ayudé una misa fue en esa casa cuando debo haber tenido unos 9 años. El tío capellán murió en 1951. Había publicado cuentos, uno de los cuales 'Diablofuerte' sobre la vida de un suplementero en el barrio Mapocho tuvo especial mención cuando fue publicado en 1905, y se acaba de lanzar una nueva edición en mayo de 2016.

De la familia Fermandois tenemos el árbol genealógico completo (gracias a los mormones y al genealólogo Sigisfredo Monsalve) desde el primer Fermandois llegado a Chile proveniente de Francia cerca del año 1705. Fue un marino muy joven llamado Pedro de la Fermandois Zavari que parece haber arribado a Concepción en un velero. Testó en 1756 y el documento detalla sus bienes, que fue casado con doña Margarita de Molina Vasconcelos de la provincia de Curicó y nombra a sus padres, Jean y Alexandrine, ambos ciudadanos de la Provincia de Bretaña, Reino de Francia.

Yo soy la novena generación.

La descendencia de Pedro ha sido muy numerosa. Tuvo 6 hijos, el primero

de los cuales se llamó Joaquín. Mi abuelo que es la séptima generación, tuvo 8 hermanos, el mayor Joaquín, falleció de guagua y él, que le siguió, fue bautizado en junio de 1979 con el nombre Arturo, en honor a Arturo Prat a tan sólo 3 semanas del Combate Naval de Iquique. El nombre se ha perpetuado seguidamente: soy el tercero, mi nieto es el quinto.

Mi mamá contaba que para mi bautizo -que lo hizo el tío capellán- él era un celoso guardián del nombre Joaquín, tradición desde el primero nacido en Chile. Entonces, el cura (le decían 'Zorrito') invirtió los nombres que se le entregaron: en vez de Arturo Ismael Joaquín me bautizó como Joaquín Arturo Ismael! Sí, Joaquín ha sido un nombre recurrente en la familia desde la primera generación, yo me llamo Arturo Ismael Joaquín y mi único hermano, el sexto, José Joaquín.

Mi abuelo Arturo nació en Chimbarongo, fue policía y terminó su carrera en el recién formado Cuerpo de Carabineros en 1927 con el grado de Teniente Coronel. La familia tenía un historial político militar según consta en documentos firmados por O'Higgins (Feb. 1818) y el Gobernador Guzmán de San Fernando (Oct. 1819).

De mi abuelo materno Ismael Huerta también conocemos el ancestro completo desde 1602 por un libro publicado por el CEP, "Familias fundadoras de Chile". Como el apellido Huerta es tan común, mi mamá le oía decir a su papá, que para ser pariente había que ser colchaguino y de Galicia.

El abuelo Ismael Huerta conoció a mi abuelita Lucrecia, la penúltima de 15 hermanos, gracias al hermano de ésta, su amigo y colega de armas Miguel Díaz que también llegó a ser almirante y quien lo llevó a su casa en Llay-Llay donde vivían en esa época sus padres. De esta unión nació mi mamá Eugenia Huerta a la que todos siempre llamaron "Yuyín".

Hay una anécdota -metida de pata de mi papá- que tiene que ver con el abuelo Huerta: un almirante (mi abuelo) que conversa con un teniente (mi papá) que hace sus primeras visitas a mi mamá en la quinta de Quilpué: Salió el tema en una conversación de los nombres feos y el 'tenientucho' menciona que el más feo que conoce es 'Sinforosa'...y el abuelo con un vozarrón dice: ¡cuidado, mi mamá se llamaba Sinforosa!

Sinforosa Lira García de la Huerta... ¡La planchita!

Mi mamá era gringa: había nacido en Cowes, Isle of Wight, Inglaterra, en

1912 (año del hundimiento del 'Titanic', como siempre nos contaban). Mi abuelo fue comisionado para la inspección de la construcción de dos cazatorpederos, el 'Condell' y la 'Lynch', para la Armada en 1911. Mi abuela se encontraba con la viuda de Napoleón III la Emperatriz Eugenia de Montijo que vivía en Cowes y fue en honor a ella que bautizaron Eugenia a mi mamá. La nanny que la cuidaba cuando guagüita lo pronunciaba 'Eugenie' lo que derivó en 'Yuyín' como todos la conocieron. Años más tarde en un viaje a Londres la Yuyín sacó papeles de nacimiento y en Valparaíso el Consulado Británico le otorgó pasaporte.

Terminada la construcción de los buques mi abuelo, se trajo a Chile el 'Condell' a meses del inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914. Mi abuela Lucrecia fue madrina en el lanzamiento del buque, en cuya ceremonia se quiebra una botella de champaña en su proa. La familia se regresó en buque de pasajeros.

Recuerdo de mis primeros años.

Nací en Viña del Mar, en la clínica del Dr. Orriols, un 19 de septiembre de



Con mi hermana Mani

1933. En sus primeros años de casados mis padres vivían en la primera cuadra de la calle Valparaíso, una casa de un piso sin antejardín. Mi mamá le tenía horror a los temblores y contaba que en uno de esos bien fuertes arrancó despavorida a la calle de noche y cuando estaba allí se acordó que me había dejado solo en la cuna, yo aún no tenía un año, abandonado adentro de la casa. "Más horror todavía", decía. Aprendió a nunca más arrancar en los temblores. Vivimos en la calle Valparaíso mientras mi padre estaba destinado como instructor en la Escuela Naval. Cuando después en los años 1935-36 se embarcó y estuvo destacado para misiones en el Sur como comandante del escampavía 'Galvarino', mi mamá se fue a vivir

conmigo y la Mani, hermana que me seguía, a Quilpué donde sus papás.

A continuación a mi papá lo destinaron a la Isla Quiriquina, frente a Talcahuano, donde fue instructor en la Escuela de Grumetes. Allí en la isla en 1937, el 16 de julio, nació mi hermana Carmen. Para esas destinaciones las familias de los marinos se trasladaban en buque desde Valparaíso.

Vagos recuerdos tengo de la Isla. Uno fue molestar con un palo a una jibia varada en la arena de la playa junto a mi hermana y otras personas, con gran alboroto. El más vivo recuerdo sin embargo, lo tengo a bordo del buque 'Teno', que nos llevó de Valparaíso a la isla Quiriquina. Una noche quedamos solos acostados en el camarote con mi hermana María Eugenia mientras mis padres iban al comedor a cenar. El buque comenzó a moverse mucho, tanto que nos pusimos a gritar y llorar. Entonces entró el marino encargado de nuestro cuidado y nos amenazó con echarnos al agua si no nos callábamos...y tan sólo teníamos 4 y 3 años.



*Con tío y abuelo Ismael Huerta en Villa Lucrecia,
Quilpué, 1935.*



Balmaceda 147, Recreo, Viña del Mar.

Capítulo 2

Infancia en Recreo

Los hermanos que vivimos en Balmaceda 147, Recreo, Viña del Mar, recordamos con mucha nostalgia los 6 años vividos en ese precioso chalet con vista al mar en el cerro que llamaban Villa Moderna, entre la subida de Agua Santa y Recreo Alto, vecino a la Iglesia Capuchinos. Yo llegué de 6 años junto a la Mani de 5, Carmen de 3 y en 1941 nació la Polín. Vivimos allí desde 1940 hasta 1945.

De mi papá marino pocos recuerdos tengo de él en uniforme. Mi mamá jovencita hizo curso de Cruz Roja. De sus bien coloreados apuntes de la biología del cuerpo humano disfruté mucho, me gustaba el tema y sus cuadernos. También tomó clase de manejo para la licencia cuando tuvimos un Ford 1940 de color azul que mi papá trajo nuevo en un viaje a EE.UU., el último año que

estuvo en la Armada. Me endilgó en los primeros estudios de lectura, a veces me llevaba al colegio de los SS.CC en 1 norte en el plano de Viña del Mar. Como hijo mayor estaba listo para mandados al almacén, botica o quiosco. Y mis entretenimientos de niño eran en el jardín o en la calle, por entonces muy tranquila. Mis amigos vecinos me invitaban todo el tiempo a jugar a la pelota, andar en bicicleta o a esconderse en los sitios vecinos que estaban vacíos, a soñar con las aventuras de 'Quintín el Aventurero' de la revista Peneca.

Con mi hermana María Eugenia (Mani) plantamos verduras en el 'cerro', un pedazo de jardín al fondo del terreno en altura que era algo muy nuestro: cosechamos tomates, lechugas, habas, zanahorias, perejil, rábanos, choclo. Allí con la ayuda de la 'Guía del Salitre' crecía todo, mis padres admirando mucho lo que hacíamos.

Con los hermanos Arturo y Aldo Norero, los hermanos Adolfo y Eduardo Neff y Rolando Oyarzún, todos vecinos, la vida pasó entretenida y volando. Bajábamos 139 peldaños de una larga escalera al final de la calle Balmaceda y estábamos en Avenida España y pasando debajo de ella por un túnel aterrizábamos en la arena de la playa de Caleta Abarca. Allí aprendimos a capear olas y nadar, sacar pulgas de mar para jugar o llevarlas para una sopa deliciosa que pasábamos por la máquina moledora, como nos había enseñado mi papi. Cuando había plata comprábamos un delicioso pan de huevo para saciar el hambre, en verano un helado. El regreso a casa por los 139 peldaños de la escalera era un desafío, especialmente para la nana o mi mami.

Mucho les gustaba a mis padres salir de picnic a la zona de Limache a donde nos llevaban en tren. La locomotora eléctrica siempre me despertaba mucha curiosidad y mi papá me enseñaba a dibujarla, hacíamos viajes especiales a la estación para ello, contábamos sus ruedas y otros detalles y en la casa la dibujaba.

Cuando el tiempo se descomponía en invierno, de la casa podíamos observar unos días antes la Silla del Gobernador -esos cerros a la altura de Zapallar que sólo se pueden divisar cuando la visibilidad aumenta mucho- y también cuando las gaviotas pasaban por miles volando hacia el Sur en busca de refugio; eran claros signos del mal tiempo que venía.

A los ocho años me regalaron bicicleta y algunos años después me iba en ella al colegio por el 'Paso de la Muerte' que así se llamaba la bajada sinuosa de tierra que salía al plano (Avenida España). Más de alguien se había 'ido guarda

abajo' en una cerrada curva protegida sólo por un pequeño alambre púa. Con Aldo, con quien tantas veces bajamos juntos al colegio, disfrutábamos los pequeños picaflores (pinguiritas) que aparecían de los nidos en las murallas mientras caminábamos al colegio fantaseando aventuras.

Con mi amigo Arturo Norero aprendí a hacer radios galenas, algo que me mantenía muy ocupado. Eran aparatos que uno construía para escuchar radio con audífonos con simples elementos (bobinas de alambre de cobre y piedras de piritas), usaba la electricidad estática que captaba una antena. Dedicé muchas horas a ese hobby y dejaba de estudiar, lo que me traía problemas, por supuesto.

En vacaciones el Estadio Español al final de la calle Carrera, donde también vivían los Camus, era un lugar donde uno podía distraerse, jugar tenis en el frontón con la pesada raqueta con la que alguna vez jugó mi mami.

Para mí, todos recuerdos lindos de mi infancia.

Éste era Balmaceda 147. La casa se vendió y nos bajamos al plano en 1945. ¡Cómo habrá sido esa decisión! Algo supimos sobre que mi papá no pudo seguir pagando la deuda. La casa que arrendamos en 7 Norte nos llevó a otra vida por la inestabilidad habitacional. El arriendo era por los meses marzo-diciembre. Los meses de verano salíamos de Viña, generalmente arrendábamos en Quilpué. Nos mudamos varias veces de casa.

Se acercaba mi adolescencia.



Caminata de regreso por la playa desde Las Ventanas, Quintero, Descanso en Ritoque.

Capítulo 3

Adolescencia

Tenía 12 años cuando dejamos Recreo para trasladarnos a 7 norte 847, un barrio en el plano de Viña del Mar, entre 1 y 2 Oriente. La casa, un chalet de una señora Lecaros, al fondo de un pasaje de tierra, con jardín a su alrededor y un gran ceibo.

Llegar a vivir al plano de Viña del Mar fue bueno desde el punto de vista que nos acercamos a los colegios y a los primos Infante. La tía Corina Díaz viuda de Infante, hermana de mi abuela materna, que ya no vivía, era muy querida de mi mamá y nosotros la considerábamos como nuestra abuelita. Mamá de los tíos, Miguel, Pepe, Delia, Tita, Rafo, Carmen (el Pollo), Maruja, tenía casa en avenida Libertad, y era centro de reunión de todos los primos Infante (la Infantería: In-

fante Fuenzalida, Infante Correa, Brito Infante, García Infante, Medina Infante). Mi mamá ganó cercanía, lo que fue muy positivo para la vida familiar.

En el peak de mi hobby de radio-galenas buscaba dónde pondría una antena alta y larga, en la nueva casa, fundamental para escuchar las emisoras con mis audífonos. No encontré ese lugar por más que traté. Me dí por vencido, porque la ubicación de la casa no lo permitía. Hasta ahí llegó mi afición por la electrónica.

Carla me recuerda una anécdota de esos entonces que le gusta y que tiene que ver con Arturito mentiroso (para qué se la habré contado...) y pillado, por supuesto. Una de las cosas que cambió con el traslado de casa es que perdí mi afición por tener pajaritos en jaulas. No eran muchos, pero yo hablaba de ellos a mis compañeros y les contaba cosas, algunas fantasiosas. Una de ellas era que tenía triles, un pájaro azul negro con una pinta amarilla en el ala, que tenía una pareja, que tuvo crías y le había prometido un ejemplar a mi amigo, vecino de Recreo, Percival Cowley (hoy sacerdote con quien mantengo mucho contacto). Pues bien, todo era eso: fantasía.

Un día, luego del traslado de casa, Percival apareció sin aviso en la puerta con una jaula a cuestas a buscarme lo prometido, y yo colorado y muerto de vergüenza tuve que confesar y aguantarle todo su enojo por su desilusión y esfuerzo de trasladarse a pié desde el cerro ida y vuelta con la jaula vacía.

En la cuadra a la redonda vivían los Bunster, los Dittborn, los Morales, los Fernández, los Bravari y los Fontaine, todos colegiales de Viña y Valparaíso. Éramos muy activos en las pichangas de fútbol en la calle o el pasaje. También se acercaban otros vecinos no tan connotados que le ponían color popular al juego. Era 'la patota de siete norte'.

Pero el fútbol no bastaba y empezamos a inventar juegos, competencias atléticas, carreras en bicicleta (una famosa era darse una vuelta al 'Tranque' hoy Sausalito). Lucho Dittborn era el campeón, alumno del Colegio Alemán, nos traía toda el entusiasmo de ese espíritu gimnástico con que destacaba ese colegio.

Durante la semana estas actividades las hacíamos después de las tareas, se suponía. No siempre era así: mi entusiasmo por jugar, verme con mis amigos para copuchar era inmenso, así que mis estudios no funcionaban mucho, mejor dicho eran descuidados. El estudio versus el juego estaban en constante pugna.

No había en realidad mucho control y mi responsabilidad era débil, debo reconocerlo. Estaba adelantado en un año para mi edad, pero no era un caso único en el curso, porque otros, una media docena los había de mi edad a quienes les iba bien. Entonces, yo tenía un problema. Eso sí lo recuerdo bien.

A los 14 años hice un viaje en buque como scout al Sur de Chile que fue memorable. En enero de 1948 una pequeña patrulla de 8 nos embarcamos en Valparaíso en el vapor a carbón 'Viña del Mar' de los FF.CC. rumbo a Punta Arenas. La idea era conocer esa región donde acamparíamos en una estancia de la familia Braun (pariente de Juan Braun, compañero de curso). Al arribo a esa ciudad, en el Estrecho de Magallanes, nos alojamos en el Colegio Saleciano y luego nos fuimos a la Estancia Pecket Harbour. Estuvimos 10 días acampados en el jardín de la casona de la estancia. Íbamos todos los días a ver la faena y la esquila de ovejas. Como el sol se ponía después de las 10 de la noche, jugábamos fútbol después de la cena hasta tardísimo. Antes de regresar, hicimos un viaje en avión (el primero de mi vida, un DC3) para visitar en Tierra del Fuego los primeros pozos petrolíferos que estaban recién empezando a producir. Estuvimos en el # 12 donde fuimos recibidos por el pionero ingeniero Eduardo Simián.

Regresamos a Valparaíso en el buque 'Puyehue' también de FF.CC. En esos años la recalada en puerto Edén, en pleno Canal Messier, nos permitió observar innumerables botes de alacalufes que se acercaron al costado del buque a ofrecer sus primitivos productos. Ellos vivían con sus familias en esas rústicas embarcaciones; 50 años después esa gente ha prácticamente desaparecido. En 6 semanas de navegación recorrimos casi 3000 millas de costa chilena.

Por el recuerdo de este espectacular viaje a Punta Arenas y la Región de Magallanes, siempre ha sido desde entonces una aspiración volver a la Patagonia lo que ha resultado en unas 8 veces, en dos ocasiones con alguno de mis hijos. Hay una magia especial en esa región que me está presente: el viento, su aire fresco, las nubes. Arturo, mi hijo, escribió sobre esto describiendo los cielos australes en un relato que sacó premio en su colegio luego de su viaje al Cabo de Hornos. Lo llamó: 'Descubriendo el gris'. Claro que para mí también tuvo que influir lo que mi mamá nos contaba de cuando ella vivió en Punta Arenas 2 años con su familia siendo adolescente, por destino de mi abuelo marino.

Mauricio Bezanilla y Humberto Solovera fueron mis compañeros de colegio más cercanos. Con ellos hice mis primeros aprontes amorosos. Vivían a pocas cuadras y nos juntábamos a patinar en 8 Norte con amigas del barrio, 'la pato-

ta de 8 norte'. Con ellas aprendí a bailar. Recuerdos muy sabrosos de esos años afloran hoy día: fiesta tras fiesta los fines de semanas, disfraces para las fiestas de primavera y cumpleaños especiales.

En ese tiempo la jornada escolar se detenía para almorzar en casa, entonces el interés era ver a las chiquillas retornar del colegio por la Avenida Libertad o Calle Valparaíso y en lo posible saludarlas, mejor todavía acompañarlas un poco y correr luego a la casa a almorzar para no atrasarse.

Dos pololas tuve por esos tiempos. Me duraron, sólo algunos meses. Una, Carmen Pérez Barona me marcó mucho, linda compañera de mi hermana Carmen me tuvo enamorado a los 17 años. Hasta el día de hoy guardo su foto y mensaje amoroso. Recuerdo los sufrimientos para verla porque su papá, un apuesto representante de la colonia española, vigilaba con un celo inmenso a esta única hija, cuya mamá había fallecido. La Carmencha era cariñosa, rubia de ojos verdosos y es el más vivo recuerdo romántico de aquella época que guardo en mi corazón. Cuando me preguntan por mi primer amor ¡ella es!



Carmen Pérez a los 14 años.

Mi curso, que egresó el año 1950, fue notable, porque además de tener muchos alumnos distinguidos, nos organizamos para realizar un viaje de estudios nunca igualado: a Buenos Aires por tren, de allí a Santos en buque, luego, en tren a Río de Janeiro y de regreso a Buenos Aires en buque y regreso a Chile vía Mendoza, por tren de nuevo. Un mes en total. Financiamos el viaje princi-

palmente con ventas de provisiones durante 2 años en el colegio y bailes en el Club de Viña, todas iniciativas organizadas en conjunto con las mamás que se reunían para apoyarnos, algo destacadísimo e inusitado en esos tiempos.

Egresé del Colegio SS.CC. de Viña del Mar a los 17 años, después de haber cursado los 10 años de colegio. No hice kindergarten, ni primero ni segundo básico, sino que entré directamente a tercera preparatoria, como era común hacerlo entonces. Luego de mi graduación, nada notable, siguió mi ingreso a la Escuela de Ingeniería Química de la Universidad Católica de Valparaíso. Debí repetir el primer año por insuficiencia en el ramo de álgebra superior. En 1952 cursé sin problemas, esta vez con 30 sobre 31 en álgebra (según un extraño sistema europeo).

Mi adolescencia terminó con el viaje de la familia a los Estados Unidos a los 19 años cuando iba a cursar el segundo año de ingeniería.



*A bordo del buque Santa Rita
Izquierda a derecha : Mani, yo, Carmen, Polin, Isabel Margarita, Joaquín.*

Capítulo 4

Viaje a Estados Unidos

En enero de 1953 regresaba de una semana de camping universitario (UCV) en la localidad de La Laguna, vecina a Maitencillo, cuando en la puerta de mi casa en 6 Norte con 1 Oriente, mi hermana María Eugenia muy entusiasmada estaba esperándome para contarme, aún lo recuerdo vivamente: "¡¡¡nos vamos a EE. UU.!!!!"

Esos años eran tiempos de vacas flacas para mi papá y toda la familia, hasta el punto de que literalmente "parar la olla" era cosa complicada. Todo se había agravado con la seria enfermedad de mi mamá, que padeció un cáncer uterino a los 39 años. Ella venía saliendo de una operación gigante que tuvo que haber sido muy costosa, pues pasó dos meses en el hospital.

Mi papá se vio en la necesidad de vender su Ford 51 que en aquellos años era un lujo, y podía valer la mitad de una casa. Todo esto para costear los gastos médicos de la enfermedad de mi mamá. En esa época él no tenía un trabajo estable, así que se las arreglaba con asesorías varias, en lo que encontrara, para mantener a su familia.

Pero “no hay guerra que dure 100 años” le oía decir a mi mamá...Y así fue no más.

Al poco tiempo de subir Carlos Ibáñez del Campo por segunda vez a la Presidencia de la República en 1952, nombró a su anterior colaborador, ex capitán de navío don Carlos Fröden, vicepresidente ejecutivo de Corfo.

Uno de sus proyectos fue crear el Departamento Marítimo de este organismo con sede en Nueva York y le ofreció a mi padre que se hiciera cargo. Mi papá había trabajado 4 años en Corfo, pero desde hacía 6 años estaba retirado de la Institución.

El panorama económico entonces presentaba grandes expectativas para él y nosotros consiguientemente. Pensábamos también que era una oportunidad única para que mi mamá pudiera tener la opinión de expertos acerca de su cáncer. ¡Todos felices!

Así las cosas, a fines de febrero partió mi padre en avión a Nueva York y la familia lo siguió el 1º de abril en el “Santa Rita”, buque de 10.000 toneladas de la Grace Line.

Para mí, que estudiaba ingeniería química, también sería un desafío y oportunidad sin igual continuar en EEUU con mi carrera recién iniciada, tenía primer año cursado.

Muy febriles fueron esos meses de fines de verano para que toda la familia estuviera lista para el viaje. Se remataron todos los muebles y enseres de la casa, el reloj de pared que hoy conserva Joaquín y vitrina, herencias inglesas de mi abuelo Huerta se exceptuaron del remate. Hubo varias despedidas y el día del embarque, un 31 de marzo, “medio Viña estaba en el muelle en Valparaíso” para el adiós de la parentela y amistades. Fue bastante impactante el masivo cariño demostrado, recuerdo imperecedero para mi madre y nosotros seis, Joaquín el menor de 4 años, yo de 19 el mayor y cuatro hermanas.

Luego de 3 semanas de viaje con recaladas en Iquique, Mollendo, Paita,

Puerto Bolívar, Buenaventura y la fabulosa cruzada del Canal de Panamá, arribamos un 20 de abril de 1953 a un muelle de la Isla de Manhattan, en la ribera del río Hudson. Día lluvioso, pero se alcanzaba a divisar en toda su majestad el 'skyline' de altos edificios, con el Empire State en primera línea. Otro día impeccedero.

Mi papá nos esperaba para llevarnos a un departamento provisorio mientras se encontraba una casa adecuada para el familión. Después de un mes nos instalamos en una ciudad llamada Tuckahoe en Westchester County en las afueras de Nueva York.

Apenas pude, ese mismo día 20 de la llegada, salí disparado a caminar por la Gran Manzana desde nuestro departamento en la calle 86 West por Broadway hacia Downtown. Sin plata, tan sólo con una moneda de cobre chilena, decidí regresar cuando ya oscuro me encontraba en la famosa calle 42, en Times Square.

Con toda ingenuidad tomé un 'subway' al que logré entrar echando la moneda de cobre en vez de la de 10 centavos de dólar. Hoy pienso: qué suerte tuve por todos los problemas que pude haber encontrado.

Durante el mes que pasamos en NYC, la Mani y yo tomamos unas clases de inglés vespertinas gratis, y caminé muchísimo conociendo la hermosa ciudad. Dinero no había, así que eso era lo que tenía que hacer para entretenerme.

El Riverside Drive era mi paseo preferido, cercano al departamento de la calle 86 y donde se podía estudiar inglés disfrutando del ambiente primaveral de abril/mayo, vecino al río Hudson. La fantástica ciudad de Nueva York tenía muchas cosas que ofrecer, pero sin amigos, sin dinero y casi sin entender el inglés, no la podía disfrutar como hubiese querido.

Pero mi padre tuvo una muy buena idea: me consiguió con un conocido del tío Alfredo Polanco, Mr. Mac Grath, un trabajo de mensajero, mientras buscábamos la Universidad donde podría continuar mi carrera, lo que sería en septiembre.

Así que en una oficina de embarcadores (freight forwarders) en Downtown, cerca de Battery Place, frente a la Estatua de la Libertad, me contrataron como messenger boy.

En una semana me enseñaron cómo tenía que hacer mi trabajo y luego con-

sideraron que estaba listo para mis tareas: ir a los consulados esparcidos por la ciudad a llevar documentos para su visado. Ese fue mi trabajo por 3 meses y medio.

Pronto fui aprendiendo el recorrido de hasta 20 consulados diarios, la movilización adecuada, el sistema de subways y buses, lo cual me tomaba desde las 10 de la mañana hasta las 15:30 horas. De regreso a la oficina me esperaban rufas de documentos que duplicar, principalmente copias en 'Stencils' ¿Mi retribución? 33.70 dólares semanales (bruto US\$40) Pero la más importante retribución fue conocer Manhattan como la palma de mi mano y practicar el inglés que poco a poco fue mejorando. Además, y muy valioso fue encontrarme con gente, hacer amistades, conversar un poco, sentirme más acompañado.

A mis 19 años empezaba a hacerme hombre, manejarme por mi cuenta. Empecé a conocer chilenos de mi edad y mis hermanas me presentaron a su vez sus nuevas amistades.

Y vino el gran paso: continuar mis estudios de ingeniería química. Mi padre me endilgó, una vez más, porque luego de analizar las alternativas, me matriculó sin mayores trámites, como se hacía en esa época, en una prestigiosa universidad: Drexel Institute of Technology en Filadelfia, distante 3 horas en bus de NYC.

Ingresé así al 1er año de la carrera, donde podría titularme después de 4 años como Bachelor en Ingeniería Química.

Filadelfia era una inmensa metrópoli. Allí a pocas cuadras de Drexel, conseguí alojamiento (boarding) donde unos japoneses y un 20 de septiembre de 1953 me presenté a mi primer día de Universidad. En mi curso éramos 35 alumnos, el primer año (freshman) contemplaba un programa de 3 terms de 3 meses cada uno.

Luego en los 3 años siguientes, se compartiría el año, mitad estudio, mitad trabajo en la industria, en lo que le llamaban plan cooperativo. La parte de trabajo remunerado se presentaba de mucha conveniencia para mí ya que nada seguro tenía por delante respecto del apoyo paterno.

Estudí con gran ahínco y excepto por inglés, pasé con buenas notas todos los ramos. En matemáticas y química me repetí un poco lo que había aprendido en Chile, pero los profesores y sus exigencias me maravillaron, especialmente la química inorgánica.

A la vida universitaria y al boarding con otros 15 estudiantes, tuve que adaptarme rápidamente, con los típicos problemas menores de un extranjero en un país que me deslumbraba. La famosa regenta japonesa de mi pensión, me perseguía porque no hacía la cama a su meticuloso gusto... No me quejo... me ha servido en la vida.

Al final de cada *term* había unos días de vacaciones, los que yo ocupaba en visitar a la familia que ahora se había trasladado a Port Chester, un poco más al norte y en la costa. Allí nos juntábamos y celebrábamos con amistades chilenas que fueron apareciendo, algunas de la cuales lo siguieron siendo por mucho años en Santiago. En Filadelfia, la casa de los Escuti fue un refugio que a menudo me recibió con mucho cariño. Don Juan Escuti, Cónsul de Chile y su familia me trataron siempre como a un hijo.



Familia en casa en Port Chester (falta la Mami y yo).

“El hombre propone y Dios dispone” Las cosas no caminaron como se pensaba. Por razones políticas, el Presidente Ibáñez cambió al vicepresidente de Corfo que había nombrado a mi padre para el proyecto marítimo en Nueva York y así de pronto, le terminaron el contrato a principios de 1954.

La familia completa quedó en el aire y tuvo que pensar en regresar a Chile.

Esto ocurría a ocho meses de nuestro triunfal arribo a los EEUU.

En mi caso significó terminar el 2º term y tener que abandonar los estudios a fines de marzo, por no poder seguir pagándolos. Una gran desilusión, todo se desmoronaba. La situación se puso muy crítica, porque había compromisos, como los colegios, el arriendo de la casa, y las deudas de instalación.

Mi padre se volvió en avión en febrero a Chile y mi madre con los 4 hijos menores regresaron en el Imperial, buque de la CSAV en marzo.

Se decidió que mi hermana María Eugenia y yo nos quedáramos trabajando en Nueva York para ayudar a la familia que se tenía que reinstalar en Chile. La Mani consiguió trabajo de secretaria y yo regresé a trabajar como mensajero a la misma empresa de mis trabajos de verano, Aero-Sea Shipping Corp., de la calle Beaver, en Downtown, Manhattan, donde trabajé hasta la última semana del año 1954.

Que nos quedáramos en EE.UU luego que se viniera la familia a Chile, fue posible por el gran cariño que la comunidad chilena manifestó hacia nosotros, gracias a las relaciones que mis padres cultivaron durante los pocos meses que finalmente permanecieron en Nueva York.

A la Mani le ofrecieron quedarse en casa de la familia Melo, Embajador en la ONU y a mí en casa de la familia Bravo, Representante del Salitre. La Mani era amiga de Loreto Melo y yo de Patricio Bravo, hijos de esas familias. La inmensa ayuda que estas dos familias le dieron a la mía con este gesto fue algo que la Mani y yo siempre y reiteradamente agradecemos. Permitted que pudiéramos contribuir a que nuestros padres pudieran reinstalarse en Chile. Lo que ahorramos con nuestro trabajo lo enviábamos mensualmente a Chile a través de una gestión que hacía don Tulio Bravo.

La familia Bravo vivía en un departamento en la calle 72 esquina de West Park, 8ª. Avenida. El edificio era un ícono en Manhattan, el Dakota Building. Allí en el tercer piso me alojé durante 9 meses en la pieza que ocupaban Patricio (Pato) y Jorge (el 'Negro'), los hijos. María Eugenia, la única hija de los Bravo, fue amiga de la Mani y hacía de cabeza de un grupo de chiquillas chilenas de nuestra edad con las que hicimos mucha vida social. Allí conocí a Sonia de 14 años, quien mucho más tarde, 33 años después, llegaría a ser mi pareja.

En este edificio, después tan célebre, asesinaron en el año 1982 al integrante de los Beatles, John Lennon. Era un edificio visitado por artistas. Hoy hay un

bonito memorial enfrente en el Central Park.



En Central Park, detrás el Edificio Dakota (1954).

A fines de 1954, tuvimos noticia de que en Chile nuestros padres se estaban instalando en una pequeña casa pareada en 3 y medio Oriente con 9 Norte en Viña del Mar. Mi padre empezaba a rehacer su trabajo en el área marítima de forma independiente, ya que la Corfo le había terminado definitivamente su contrato sin indemnización alguna. Él no reclamó de ello, habiendo tenido derecho a hacerlo.

Con la Mani pensamos que había llegado el momento de regresar a Chile y nos embarcamos de regreso el 28 de diciembre en un muelle de la CSAV, donde nos fueron a despedir los buenísimos amigos chilenos; algo que tampoco olvidamos.

El viaje tomó 3 semanas, recorriendo casi los mismos puertos que en la ida. En la costa chilena sin embargo recalamos en uno nuevo: Coquimbo. Un 15 de enero, día del cumpleaños de mi mamá, arribamos a este puerto con muchas ganas de bajar a tierra chilena y además refrescarnos en el mar, ya que era pleno verano. Salimos con la Mani en busca de una playa con el traje de baño bajo el brazo y la encontramos en Peñuelas, camino a La Serena. Allí, buscando cabinas para cambiarnos, nos encontramos con un señor que jardineaba frente

a su casa. Como vimos ahí un letrero que decía: 'cabinas', pensamos que era el lugar adecuado para cambiarnos. El jardinero al levantar su cabeza nos dejó ver que era el famoso ex presidente de Chile Gabriel González Videla, don Gabito.

En Nueva York habíamos conocido a su hija Rosita, casada con don Pepe Claro, representante de la CSAV. Simpatiquísimo don Gabito nos invitó a su casa para que nos cambiáramos, nosotros un poco cortos de genio, no nos atrevimos. Pero el rato que departimos con él, tampoco se nos olvida.

Al día siguiente, el 16 de enero de 1955, arribamos al Valparaíso querido, de donde hacía casi dos años había zarpado la familia para EE.UU. Nos esperaban nuestros padres y hermanos, tíos y amigos con un gran abrazo.



Junto a Humberto Gattini y John Jackson, tripulantes de B/M ALMABRO.

Capítulo 5

Regreso a Chile, 1955

Con un baúl repleto de encargos llegaba a Valparaíso. Pero la mochila más valiosa que traía era lo vivido en esos 2 años en EE.UU.: un inglés fluido, la experiencia de trabajo, los 6 meses de estudio en una universidad de excelencia y los contactos sociales que se me mostrarían a la larga como una potente herramienta para mi paso de adolescente a hombre. Salí de Chile un jovencito inmaduro, regresaba un muchacho hecho y derecho.

Pronto comprendí que tenía que trabajar, eso estaba más que claro. Mi padre no tenía trabajo estable, la familia dependía para su sustento de sus soñadores negocios que no eran nada seguros.

Durante los meses de verano me dediqué a buscar donde emplearme. Luego de varias posibilidades, por contactos de mi padre, postulé y me contrataron el 1° de marzo de 1955 en la Compañía Chilena de Navegación Interoceánica,

CCNI, para un puesto de junior en recursos humanos.

Mis inquietudes de estudio me llevaron a inscribirme en la Escuela de Comercio y Ciencias Económicas de la UCV, en horario vespertino, lo que era compatible con mi trabajo. El sueldo era el mínimo que se podía pagar a un empleado, pero me servía para darme vuelta y ayudar un poco en casa. Había que echarle para adelante y ponerle el máximo empeño en ambas actividades.

Muy luego me asignaron responsabilidades administrativas en el departamento de fletes en la compañía, trabajo de lo más variado y entretenido que pronto me cautivó.

Al cabo de 2 años conseguí que me autorizaran a embarcarme como sobrecargo para un viaje de entrenamiento por 4 meses en la línea de Pacífico Norte hasta el puerto de Vancouver, Canadá.

De ida y regreso recalamos en 37 puertos cargando y descargando fletes de la más distinta índole. Fue una rica experiencia que nunca olvidaré, porque aparte de lo que aprendí, fue como un servicio militar que disfruté cada uno de los 110 días que duró la navegación. Mi compañero de camarote era el pilotín Humberto Gattini, que luego de 59 años lo he vuelto a ver para disfrutar unos entretenidos cafés en el Tavelli recordando las pasadas aventuras.

Con el producto de algunos bienes comprados en EE.UU., para vender en Chile, me compré una moto checa 'Jawa', pequeña de 150cc, pero de líneas modernas. En este negocio me ayudó el tío Gastón, hermano de mi padre, que era ingeniero y trabajaba con éxito en construcción de puentes, a quien le había traído diversos encargos.



Mi Papá arriba de mi moto "Jawa".

Con él inicié una bonita relación que cada año fue enriqueciéndose. Fue un segundo padre para mí. La moto me dio una autonomía que no conocía. Me sirvió para ir a mi trabajo y luego a las clases vespertinas que terminaban tarde, facilitándome el regreso a casa de noche.

Era el otoño de 1957. Por esos entonces ya se había casado mi hermana María Eugenia con Eckhard von Johnn,

mi papá estaba haciendo mejores negocios en el ambiente naviero, y pudimos cambiarnos a una residencia más holgada en calle los Plátanos, Miraflores, en Viña del Mar, y al año siguiente, mi papá contrató un arquitecto para construir una casa en Reñaca, la que rápidamente estuvo terminada y nos fuimos a vivir en ese balneario, que por entonces no estaba muy poblado. Finalmente la familia volvía a tener casa propia, un sólido chalet de unos 220 m2.

Hice un *upgrade* de la moto a una camioneta Goliath, la diferencia de la



Mi Goliath.

venta la puso mi papá, que ya contaba con más medios y gracias a los ruegos de mi mamá, por los peligros que ella veía al tener que movilizarme en moto. También agradecían así mi pasada contribución.

Así mi trabajo y mis estudios iban viento en popa, aunque años después aprendería que no es precisamente el mejor viento...

Los negocios que conseguía mi papá requerían de capital y como no lo tenía, lo consiguió con Jaime Said Demaría, hermano de mi amigo Pancho que conocí en Nueva York y que estudiaba también en Filadelfia. Pancho conectó a mi padre con Jaime en Santiago, quien se entusiasmó con las posibilidades que le ofreció y así terminó asociándose de hecho con él para estas actividades. Fue natural también que necesitando mi padre ayuda, me pidiera que dejara la CCNI para trabajar juntos. Me ofrecía mejores perspectivas para mi futuro, el que empezaba a mirar con más seriedad con vista a casarme con mi polola. Formamos entonces una sociedad, estableciendo una oficina en el centro de Valparaíso, iniciando así el rubro de representaciones marítimas.

Mi padre, marino retirado de profesión, conocía muchísimo del negocio naviero, que era su pasión. De muy buenas ideas, no tenía sin embargo ese sentido comercial que se requiere para desarrollar una actividad con perspectivas de futuro. Le "echaba p'adelante nomás" y pensaba que "en el camino se arregla la carga". Yo ayudaba a aterrizarlo, pero con mis 23 años no tenía ni madurez ni peso para contrarrestarlo.

Estábamos obteniendo buenas comisiones por cierre de charters de petr-

oleros (el 'Hornblower' un 15.000 toneladas noruego), para viajes sucesivos en la costa chilena, y luego un segundo petrolero (por más que intento no recuerdo su nombre) para la CCNI con el mismo propósito. En estos negocios participé muy directamente logrando buenos cierres en competencia con otros dos comisionistas.

El 21 de marzo de 1959 me casé con Erika Vöhringer, la madre de mis 6 hijos.

En enero había obtenido mi título de Contador Auditor en la Universidad Católica de Valparaíso, requisito exigido por el suegro.

De regreso de mi luna de miel, ¡oh, sorpresa! mi padre con sus utilidades de negocios de fletes de petróleo, ganadas antes de mi sociedad con él, había comprado dos naves viejas que licitó la CCNI. Se trataba de fletarlas para desguase en Japón, país muy necesitado de chatarra por entonces. Trabajar consiguiendo cierre de negocios para ganarse comisiones (en dólares) es una cosa, pero lanzarse a naviero, armando naves es algo muy diferente y que requiere mucho capital y respaldo de una buena organización, amén de volumen de fletes confiables y rentables.

Comenzó entonces una odisea. Fue una experiencia tremendamente frustrante y dura para mí, que recién comenzaba la vida profesional y conyugal.



Capítulo 6

Amor en Cerro Alegre

¡ Sesenta años ha! Los recuerdos finos se van borrando, queda lo grueso.

Corría el año 1956 y llevaba casi dos años desde mi regreso de EE.UU a Viña del Mar.

Mi vida giraba alrededor del trabajo y estudios vespertinos, además de mis amigos del colegio y chiquillas del barrio en Viña del Mar. Mi vena excursionista del colegio me llamaba e ingresé a un club de montaña de Valparaíso. También organicé con amigos un club de motos; sesionábamos todas las semanas en la calle Valparaíso en Viña del Mar, hicimos paseos a Colliguay, Algarrobo, Límache. No éramos muchos pero metíamos harto ruido. Una vez me detuvieron por ello al salir de una reunión a medianoche. Habría ido a la 'capacha' si no es por la suerte de un motoquero que conocía al teniente que me tenía agarrado...

En estas cosas estaba cuando por motivo de la celebración del día del universitario católico, en un paseo cercano a Laguna Verde, en medio de los juegos que se organizaban, me encuentro sentada en el cómodo asiento de mi moto a una chiquilla que tocaba acordeón, perteneciente al grupo de la mi facultad en la UCV.

Ella pertenecía a la Universidad de Chile, pero tenía a un amigo y vecino, el Tito Martínez que era compañero nuestro. La música cautiva y a mí mucho, tanto que no me despinté de la atractiva estudiante de pedagogía que tocaba acordeón apoyada en mi vehículo.

Es la Erika... decía todo el mundo que la conocía, famosa por su música. Tocaba lo que le pedían, animaba todo, era una atracción. Andaba con su hermano chico, Carlitos, de 9 años a cuesta. Su padre, Carlos Vöhringer vino temprano por ellos y se los llevó ese día 7 de octubre de 1956. Así era el caballero, "tenía cortito" a sus hijas. Pero el Tito Martínez fue mi contacto para verla en su casa en el Cerro Alegre a pasos del Paseo Gervasoni, con maravillosa vista a la bahía de Valparaíso. Nos seguimos viendo y el 1° de noviembre nos pusimos a pololear luego de un pisco sour bien conversado en el restorán 'Castillo Fornoni' camino a Playa Ancha adonde llegamos en moto un día domingo, al término de un turno que hacía hasta mediodía en la Interoceánica.

Con Erika empecé a ver un Valparaíso que no conocía. Desde luego su mundo musical que giraba alrededor del piano con clases semanales en el Conservatorio en Santiago, su participación en el Coro en la Universidad y lo más vistoso: el acordeón piano de 120 bajos.

Me incorporé rápidamente a sus amistades, la introduje en mi familia, organizamos la vida para que ella pudiera terminar sus estudios y yo los míos.

Evento mayor fue su viaje a Carolina del Norte a un posgrado en Winston Salem College con una beca del Instituto Norteamericano, fueron 8 meses de ausencia. Por mi lado, con anterioridad, estuve ausente 4 meses embarcado como sobrecargo en el 'Almagro', buque de la Interoceánica, navegando la costa del Pacífico.

En noviembre de 1958 el padre Enrique Pascal nos puso las argollas de compromiso y el 21 de marzo de 1959 nos casó en la Parroquia El Bosque en Santiago. Su familia se había trasladado hacía un tiempo a Santiago por trabajos de su padre, don Carlos, el Coki como más tarde le dirían mis hijos.

Con el espíritu aventurero de siempre, partimos de luna de miel en la 'Go-liath' ese mismo día rumbo sur hasta Talca. De allí a Los Ángeles, Temuco, Villarrica (Fundo de los tíos Alfredo y Elena Polanco) y Lago Ranco. El tiempo se nos echó a perder y con los caminos todos de tierra la aventura no terminaba nunca. Pasamos a ver al suegro en Concepción donde estaba trabajando en CAP y después de 3 semanas retornamos a Viña del Mar donde habíamos arrendado un departamento en 3 Norte cerca del Casino.

El aterrizaje fue difícil: mi padre me esperaba con ansias, porque necesitaba mi apoyo para la empresa de armar los dos buques viejos ya mencionados que debía entregarlos en Japón para chatarra.

¡Algo que finalmente resultó desastroso!



Capítulo 7

Desastre económico

Una genial idea de mi papá y un golpe de suerte le permitieron ganar una suma de dinero impensable para lo que siempre habían sido sus variables e inciertos ingresos.

Hacia finales de 1956, conocedor de las necesidades de abastecimiento de petróleo del buque tanque 'Jorge Montt' de la Armada de Chile, supo de su viaje al Caribe para tal propósito y le ofreció a la Armada, con fines de disponer de ingresos adicionales para reparaciones y mejora del equipamiento, arrendarle por 3 viajes el 'Jorge Montt' para fletes de petróleo en sistema 'Time Charter'. El buque haría viajes de Venezuela a la costa Este de EE.UU. Con el contrato en mano mi padre consiguió los fletes. En el intertanto vino la guerra en el Medio

Oriente en la que Egipto disputaba con Inglaterra y Francia el control del Canal de Suez. Se produjo el cierre del Canal y los fletes subieron 3 veces por la escasez de buques que ahora debían dar la larga vuelta por el Cabo de Buena Esperanza para llegar a los puertos de abastecimiento de petróleo en Arabia Saudita. ¡Un cuarto de millón de dólares de 1957 ganó en esa operación!

Con este capital mi padre empezó a soñar, a pensar en grande. Todo lo que él había querido en su vida era ser naviero, le gustaban los buques, le gustaba el negocio marítimo y siempre alrededor de los buques giró su vida. Así las cosas, recurrió a mí que estaba trabajando en el ambiente naviero para apoyo de sus planes.

Tal como lo mencioné más arriba, renuncié a la Cía Interoceánica y formamos una compañía que se denominó Arturo Fermandois y Cía Ltda. La cual además venía a representar otra con sede en Panamá que él había formado: Panamá Trans-Ocean, a nombre de la cual se cerraban los contratos de fletes.

Corría el verano de 1959, yo me casaba y la Compañía Interoceánica vendía 2 viejos buques. Pensó que comprándolos y fletándolos a Japón para desguace podía realizar su sueño: ser naviero. Así que los compró en 25.000 dólares c/u y se dispuso al lanzamiento de la nueva firma. El margen de esta operación era pequeño, pero a mi padre le permitía iniciarse como naviero.

Ya antes había intentado rematar en Puerto Montt un buque viejo para cabotaje, lo que felizmente no resultó, porque el precio del mismo se disparó en la subasta y yo siendo el encargado de la diligencia, lo dejé pasar. Buena decisión, pues tiempo después supimos que los que se quedaron con el buque, al cabo de un par de años fueron a la quiebra por los altísimos costos de explotación de los buques viejos.

Lo primero que aprendimos como armadores fue que no sabíamos calcular los costos de mantención de un buque. Estos siempre se subían mucho de las estimaciones. Alistar el 'Arauco' y el 'Atacama', así se llamaban los buques, para que pudieran tener certificado de navegabilidad excedió en mucho el presupuesto. Las reparaciones en el dique flotante del Astillero Las Habas demoraron un tiempo que para mí parecía infinito, el 'Arauco' una semana, el 'Atacama' dos semanas. Reparados y habilitados con todas las vituallas, los buques zarparon para su largo viaje a Japón. Las vicisitudes por venir parecían capítulos de libros de Julio Verne.

Los desembolsos que ocasionó el zarpe del 'Arauco' fueron cubiertos por la caja que disponía mi padre en un banco en Nueva York. Como el precio de venta se cobraba a la llegada de la nave a Japón, había apoyo crediticio del banco, el que había requerido garantía de sus acciones que eran el capital que había ganado previamente.

Viejo buque a carbón, el 'Arauco' debía llenar sus bodegas carboníferas en Talara, Perú, por su menor costo que en Lota. Se comenzó mal, porque el carguío del flete de salitre y mineral en Tocopilla demoró muchísimo por marejadas. Luego siguió peor, porque se comprobó que el carbón de Talara no daba las mismas calorías para una navegación normal. Hubo que recalar en Buenaventura y traer carbón por tren desde Cali para llenar las carboneras que requería la navegación hasta San Francisco, EE.UU.

El costo seguía subiendo. En el puerto californiano debía cargar chatarra y, para colmo, durante el carguío se declaró un incendio en las carboneras que ocasionó tremendos daños a la estructura del casco y lo inhabilitaron para seguir viaje con sus propias máquinas. Pero la carga y el buque había que llevarlos a Japón para cobrar los contratos. A estas alturas el Banco Schroeder en Nueva York tomó el control del negocio por default y contrató un remolcador para llevarlo a Yokohama. Hicimos regresar a la tripulación.

El 'Atacama' en tanto estaba alistándose en Valparaíso y mi padre en Nueva York viendo los problemas con el Banco y contratando fletes a Japón, porque zarparía de Chile full con salitre para descargarlo en Galvestown, Texas, y de allí con chatarra a Japón.

Dos muy serios imprevistos no hicieron sino ahondar el hoyo financiero: ¡huelga de la tripulación en Panamá y huelga de los estibadores de toda la costa Este de EE.UU!

Cuando empecé a saber de las dificultades del 'Arauco' con el carbón y revisando las cifras del viaje del 2º buque, el 'Atacama', estuve seriamente pensando en cancelar el zarpe a fin de no arriesgarlo todo. Me entrevisté con el gerente de fletes de la Covensa en Santiago, Eduardo Charme, y tanteé echarme para atrás con el flete de las 5000 toneladas de salitre. Me prometió las penas del infierno. Consulté con mi papá que estaba en Nueva York y decidimos seguir adelante y pedir asistencia financiera a Jaime Said a fin de completar el alistamiento del Atacama en Valparaíso.

No nos imaginábamos lo que estaba por venir: el incendio en el 'Arauco'.

Viajé a Santiago para entrevistarme con Jaime Said, quien me avaló letras para pagar a los proveedores de las vituallas. El buque finalmente zarpó.

Fue un acto de confianza de Jaime Said fruto de que, en negocios anteriores mi padre le había conseguido buenas utilidades. Yo le mostré las cifras como las habíamos planeado, con un margen pequeño de 5% que era mi estimación en ese momento de lo que dejaría la operación del 'Atacama'.

Viajé a Nueva York para revisar la delicada situación con mi papá. Él me decía que debía estar allá para supervisar los fletes y sus problemas bancarios. Yo tendría que seguir afrontando el "temporal" que se vislumbraba en Valparaíso, porque el Banco Schroeder no le permitió a mi papá tocar los fondos que disponía por la situación generada por el incendio en el 'Arauco' y entonces no se podrían cubrir los compromisos en Chile.

Cuando un par de meses después empezaron los vencimientos de los créditos, me reuní con mi abogado, mi gran amigo de colegio Mauricio Bezanilla, quien me apoyó en todo evento, sin reservas y ad honorem. Los detalles de todo el vendaval que se vino dan para escribir un libro. Mauricio, más tarde decano en la UCV, me confesaría que en toda su carrera había tenido solamente otro caso tan complejo y variado como el nuestro.

Tuvimos que afrontar la quiebra de la sociedad, la de mi padre, querellas de parte de los Said, juntas de acreedores, revisiones con el Síndico de Quiebras y la defensa de mi madre, a quien habíamos protegido con una separación de bienes asignándole el único bien raíz, la casa de Reñaca, que finalmente salvamos.

A mis 25 años me veía de pronto enfrentado a situaciones legales complicadas perseguidas por abogados de gran prestigio de Santiago y Valparaíso. Mauricio, mi amigo, manejó todo impecablemente. Algo que siempre agradecí de distintas maneras hasta el fin de sus días. Una amistad entrañable.

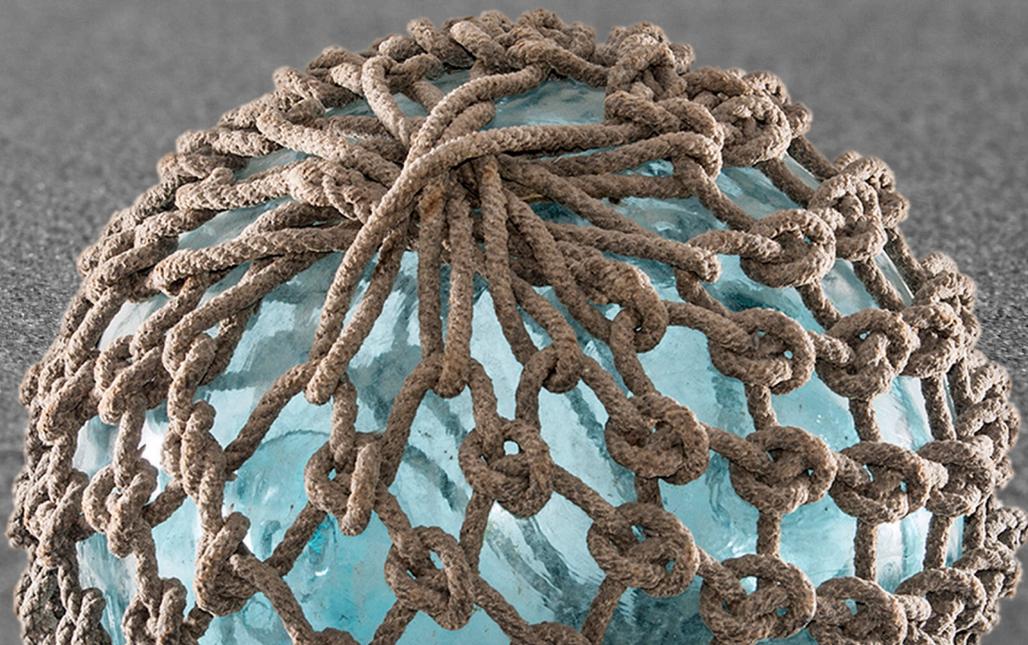
El abogado de Jaime Said, Mariano Pola (casado con una Matte Alessandri), me lanzó una querrela criminal, en conjunto con el Notario que había autorizado su firma, que al final no prosperó, porque por supuesto la firma era auténtica y no había habido mala intención sino ausencia del firmante, quien me había dado sus datos para la gestión. Resultado: pasé muy malos ratos y la pérdida de mi amistad con Jaime y Pancho Said, mi amigo de EE.UU.

Los tíos José Miguel y José Florencio Infante Díaz, primos muy unidos de mi madre, abogados, estuvieron siempre siguiendo de cerca el desenlace de la quiebra y preocupados de mi situación. Me aconsejaron que buscara otros horizontes y así lo hice.

Postulé a IBM e ingresé en junio de 1960 a trabajar en Santiago. Fue una atinada decisión que aproveché a concho.

Recuerdo con tristeza que mi mamá y Erika tuvieron que sufrir por mis vicisitudes.

La vida se encarga de traernos su cruz alguna vez, me decía el sacerdote Enrique Pascal. Esta fue una sin duda y una gran lección de vida.



Esta boya apareció en la playa de Anakena, I. de Pascua, luego de un temporal, cuando acampaba. Es una boya de pescadores.

Capítulo 8

De cómo sobreviví

He sido un hombre de suerte. A los 82 años lo he sostenido varias veces. Pocas personas han experimentado comercialmente a los 25 años todo el vendaval que se me vino encima luego del desastre de la aventura del 'Arauco' y el 'Atacama'.

En lo personal tenía dos espinas grandes:

Una demanda de los tripulantes del 'Atacama' que reclamaban un acuerdo especial logrado con su capitán en Panamá producto de una huelga: era una cifra millonaria. Al zarpar el 'Atacama' de Valparaíso, tuve que firmar el rol de tripulación de 29 hombres y cometí la torpeza de no estampar el timbre de la Compañía Ltda., lo cual me responsabilizaba en lo personal.

La otra espina, una querrela criminal en la que aparecía el notario al que me referí y que postulaba falsificación de documento público y privado de unas letras de cambio. Como ya dije, mi inestimable amigo de la infancia, Mauricio, se hizo cargo de mi defensa y sus contrincantes no vieron una. Entonces ¡qué suerte tener tal amigo!

Como había aplicado para un trabajo en IBM en Santiago, luego de los exámenes de rigor, me ofrecieron un puesto de analista en el Departamento de Contraloría, el que acepté de inmediato.

Los problemas legales en Valparaíso debían quedar atrás para dedicarme full time a esta magnífica oportunidad. Durante varios años estuve preocupado por las consecuencias que la quiebra me trajo en lo personal y en el posible impacto en mi nuevo trabajo. Pero el tiento y sabiduría de Mauricio pudieron más que las arremetidas de los afectados en Valparaíso.

Trabajé en IBM, primero en Contabilidad y luego en Marketing donde hice casi toda mi carrera, los 29 años que trabajé en esta empresa. En los 2 últimos años me asignaron a Finanzas donde jubilé como Gerente de Planificación con responsabilidad de todo el plan de la Compañía.

Éstos últimos fueron los años más duros. Las cifras financieras son frías en extremo y la explicación de cada línea de resultado, sus variaciones y planes de acción me causaban estrés y éste a su vez literalmente dolor de estómago. No creo que hubiera podido trabajar muchos años más con ese nivel de carga. Entonces cuando a los 55 años se me presentó la oportunidad de dejar el trabajo, este aspecto tuvo bastante que ver en la decisión final.

IBM era una empresa de lujo, su liderazgo tecnológico fue absoluto por muchos años. Otra vez tuve la suerte de aprovechar ese período de oro del desarrollo de la computación, de un nivel de producción de máquinas electromecánicas a los computadores cuya base fue el microchip, cada vez más increíblemente pequeño.

Nos ofreció, a sus empleados, beneficios que pocas empresas podían hacerlo, uno de ellos el plan de jubilación permitía pensionarse a los 60 años, también a los 55 con degradación de la pensión, 10%. Siempre tuve en mis planes (por algo trabajaba en planificación) dejar de trabajar temprano si la situación financiera lo permitía.

Mi aspiración era dedicar más tiempo al deporte y la familia, sobre todo

porque teníamos la hermosa parcela en Los Dominicos que para nosotros era un lujo por su espacio y entorno. Con esa mira empecé a los 50 años a ahorrar en cuenta 2 con beneficios tributarios hasta el máximo permitido y pude juntar un fondo aumentado de mi jubilación legal a los 65 años.

En octubre de 1988 IBM ofreció a todos los empleados de más de 55 años una oferta especial de retiro que en lo básico entregaba una indemnización y su plan normal de retiro. Había recién cumplido 55 años. Hice mis cálculos y me di cuenta que era posible realizar mi sueño: dejar de trabajar temprano. Llevaba 35 años de actividad laboral, no tenía deudas hipotecarias ni comerciales, tenía buena salud y sobre todo un programa factible para llenar mi vida por delante. A los 65 años podría jubilarse por la previsión legal, lo cual sumaría a la de IBM y ya tendría mis compromisos de educación de mis hijos solucionados. Así que con todo fríamente calculado, la decisión estaba clara de mi parte.

Acepté el plan de retiro, siendo el más joven. Otros 27 hicieron lo mismo.

El 1º de enero de 1989 quedé libre oficialmente de trabajar para IBM luego de casi 29 años de servicios. El impacto emocional ese día 2 de enero cuando no tuve que salir temprano a producir, fue grande. Calmadamente me dediqué a estudiar cómo cuidar mis pesos y de qué modo podía emplear mi tiempo libre. Algo hermoso de hacer, Un desafío grandioso.

Las envidias no faltaron. También los que creyeron que hacía una locura. Sin embargo, en ningún momento sentí que podía estar equivocado. Tenía mucha confianza en el futuro. Tenía todas las de ganar: salud e ingresos razonables para mi proyecto de vida. Eso lo sabía yo, nadie lo podía saber por mí. Mi proyecto era sencillo: disfrutar los años de vida que me quedaban por delante enfocándome en el deporte, la lectura y, sin descuidar ni la familia ni mis ahorros.

Mi hijo menor Nicolás, entraba a la universidad ese año, los otros cada uno en su carrera profesional o como Arturo el mayor de los hombres, ya un abogado. Mi hija mayor Cecilia estaba casada hacía un año. Siempre podrían haber imprevistos, por supuesto, pero razonablemente mis recursos daban para asegurar la educación a todos mis 6 hijos y más que eso. El mayor seguro económico que tenía: Huallelemu, una parcela que iba valiendo cada día más.

Así las cosas...había que echarle para adelante. Y lo hice con fuerza. Lejos habían quedado los años difíciles del desastre económico. Se asomaba una insospechada vida futura...



Huallelemu, bosque de robles, reja portón, camino Otoñal 1558, Las Condes

Capítulo 9

La familia llega, crece, casa Bilbao, Huallelemu, Con Con

Después de lo sufrido con la quiebra de Arturo Fernandois y Cía Ltda. y siguiendo los consejos del tío Miguel Infante, logré emplearme de nuevo. Ansiaba tener más estabilidad económica, tener un ingreso mensual.

IBM me proporcionó esto y también oportunidades de crecimiento profesional. Mi título de contador auditor y mis conocimientos de inglés fueron mi trampolín. La soltura para escribir inglés diría que fue un apoyo que me distinguía entre mis pares, porque en planning era el idioma corriente, debido a que la casa matriz estaba en EE.UU.

Estuve muy feliz cuando me ofrecieron traslado del departamento de Contabilidad al de Marketing, porque aquí pude desarrollar habilidades que no

ofrecía el área contable. Me encontré con gente que me ayudó a progresar, característica de una empresa moderna con políticas avanzadas de manejo de recursos. Esto sucedía en 1962. Tuve que hacer un curso y luego me enviaron a mi primer viaje al extranjero, un seminario en Montevideo de Investigación de Mercados y Planificación.

Había pasado un susto grande durante unas cortas vacaciones en casa de mis padres en Viña del Mar con Arturito de 3 meses: tuve una hemorragia de úlcera al duodeno que me obligó a transfusiones de sangre y reposo de un mes. El doctor Mario Alessandri que me atendió, me derivó a un especialista en Santiago, el Dr. Klinger, quién me siguió viendo por muchos años. La úlcera fue el corolario de las largas tensiones de mi vida profesional de los años previos. Aprendí a cuidar mi aparato digestivo comiendo sano y procurando bajar las tensiones de la vida. Desde este punto de vista, la enfermedad fue una experiencia positiva que me ayudó más tarde a mejorar mi salud en los años por venir.

La Cécili había nacido a los cinco meses del traslado a Santiago. Decían por esos entonces que los hijos llegaban con una marraqueta debajo del brazo ¡qué ingenuidad, me la creía! El hecho es que en mi se estaba dando, porque logramos ahorrar lo suficiente, vendiendo en 1961 la 'Goliath', esa camioneta de soltero. Y yéndonos a vivir un tiempo a la casa de los suegros, logramos completar un ahorro previo para un préstamo hipotecario. Así nos embarcamos en la compra de una casa de 70m² en Bilbao, esquina de Manquehue, que nos entregaron un año más tarde. Felices nos sentimos con nuestra primera casita. Allí nacieron Arturo Ismael, Pablo y Andrés y como el espacio se hizo chico, pronto la ampliamos en 20m². Desde 1962 hasta 1968 vivimos allí.

Eran los tiempos maravillosos en que todo lo construíamos ladrillo a ladrillo, plantamos el jardín de a poco con árboles frutales y de ornamento. El Coki (abuelo materno de los niños) regaló una inmensa asta de bandera. Un viernes de invierno de 1962, recién pagado, pasé por una compraventa de autos y compré el auto más barato que encontré: una Citroneta furgón. Volvíamos a tener con qué movilizarnos. Era vieja y bien usada, había sido furgón de reparto de la Cía. Cervecerías Unidas. Una compra feliz, porque nos permitía desplazarnos mejor ahora que comenzaban a llegar los hijos.

La familia crecía, los niños sanos jugaban en el pasaje frente a la casa, era un área segura. El Velacho, mi inteligente perro policial traído de Reñaca donde

viví los 2 últimos años de soltero en casa de mis padres, vigilaba. En la citroneta furgón nos movíamos para comprar, llevar a los niños al colegio y visitar a los suegros que vivían en el barrio de Estación Central, donde el suegro trabajaba y tenía casa. Largo viaje para la lenta pero fiel 'chononeta', como le decía Arturito. Hicimos buenos amigos entre los vecinos de barrio: los Sapag, los Mery, los Meneses (dentistas), los Álvarez y los Pelz, entre otros.

Mi sueño era tener un terreno con frutales para gozarlo los fines de semana. De hecho siendo aún soltero compré una quinta en Olmué en la que tuve iniciado trabajos para instalarle una casa en medio de lindos frutales. Con el traslado a Santiago suspendí todo. Pero seguimos hablando de tener algo para los fines de semana más cerca de Santiago, ya que vivíamos en una casa pequeña. Buscamos por aquí por allá, en Curacaví, El Arrayán, etc. y finalmente terminamos en Los Dominicos.

Fue una maravillosa elección que decidimos luego de subir el cerro Calán y mirar hacia la Cordillera en un atardecer: una vista como de los Alpes suizos enfrente.

El terreno estaba ubicado en la calle Camino Otoñal, era la última, la de más arriba de la urbanización entonces. Lo compramos en noviembre de 1967. Con 3500m² era un campo gigante para nosotros que vivíamos en 250m², pasaba un canal de riego por el medio, estaba lleno de zarzamora, sin cerco, de 25m de frente por 150m de fondo, deslindaba con un fundo al fondo y la cordillera con el Cerro Provincia a la espalda.

Para comprar el terreno vendimos un lindo Taunus (Ford alemán) de 1960 que le había comprado a mi amigo Mauricio Bezanilla. También vendí la quinta en Olmué y como todavía faltaba dinero vendimos la preciosa acordeón Honner de 120 bajos que había regalado el tío Gastón, hermano de mi papá. Una barbaridad nos dijo el tío cuando supo, pero pensábamos reponerla, se trataba de no desperdiciar la oportunidad de comprar la parcela y quedarnos sin deudas.

Así que nuevamente quedamos a pié, pero era el costo de tener este terreno del cual nos habíamos enamorado. Tan pronto pudimos, lo empezamos a plantar con frutales y árboles autóctonos. Muy luego nos hicimos de una nueva citroneta, un auto barato, pero útil y al alcance de la mano. En él nos encarábamos hasta Camino Otoñal para cuidar de las plantas lo más a menudo posible.

En 1964 hice un acuerdo con el tío Gastón. Su fundo, 'Toconey', en la Provincia de Talca, a medio camino entre la ciudad de Talca y Constitución, necesitaba de cuidados que él no le podía dar y pensó en mí. Él tenía una empresa constructora en Viña del Mar, yo estaba más cerca en Santiago y calculé que podía disponer de un par de fines de semana al mes para viajar al Sur y atenderlo. Toconey tenía unas 500 hectáreas con plantación de pino y viñas. Instalamos un aserradero para aserrar los pinos que ya estaban maduros para esos fines y me encargaba de despacharle carros con madera seca hacia su taller en Valparaíso. El tío me ofrecía el campo y los frutos que yo quisiera aprovechar. Así iniciábamos una relación que con el tiempo se fue haciendo muy estrecha, como ya dije, él fue un segundo padre para mí.

Si bien no fuimos al fundo muchos veranos con la familia, el fruto de mis cuidados fue que el tío me pagó ayudándome con la construcción de la casa en Los Dominicos. Por esos años José Luis, uno de sus hijos, ya ingeniero civil, trabajaba para el tío en una obra en La Platina, para la Escuela de Agronomía de la U. de Chile. Suerte la mía porque de allí me enviaban materiales y maestros para construir mis 140m², DFL2, al costo. Esto sucedía en 1968. En 6 meses estuvo lista y en julio nos fuimos a vivir allá. La propiedad de Bilbao la habíamos vendido y el precio pagado endosado entero al tío Gastón.

La parcela pensada para los fines de semana se transformó en nuestra vivienda hecha y derecha. El lugar era tan hermoso que cualquier sacrificio por la distancia valía la pena. Además, ver a los hijos jugar en tanto espacio, entre piedras y arbustos chilenos, zarzamoras y terreno rústico que poco a poco fue cambiando a vergel, era un sueño hecho realidad. Corté una tabla fina, la inserté en el muro de piedra extraídas del terreno a la entrada y la grabé a fuego con el nombre nativo de 'bosque de robles' o HUALLELEMU, así bautizamos la parcela.

Tuvimos una quinta que cada año se hacía más verde. Los 40 robles plantados enanos que compramos en el Parque San Cristóbal fueron creciendo año a año con una rapidez increíble. Al cabo de 15 años tenían una altura de más de 10 metros. Se fueron raleando un poco en un proceso natural del fortalecimiento del más apto. Un verdadero bosque nativo de ejemplares valdivianos. En Santiago no había otro caso igual. Me lo confesó Eduardo Moore, ex director de Parques de la Municipalidad de las Condes. Un acierto y un orgullo de la familia. El bosque deslindaba con la calle, era el antejardín de la casa. El portón de entrada se construyó con unas rejas de hierro, muy antiguas que encontré botadas

en Toconey. Don Jorge Caballero, el pintor vecino, me enseñó a patinarlas. Fue otro acierto, pues quedaron preciosas.

Así, a medida que la familia iba creciendo, Ani y Nicolas nacieron en Huallelemu, disfrutábamos del aire más soleado y puro de unos Dominicos, que por entonces, la parte urbanizada no pasaba más al este de nuestra propiedad. Del fondo de la parcela salíamos a campo travieso, cruzábamos el canal El Bollo camino al cerro Provincia que desafiábamos a menudo. Con todos mis hijos, excepto con la Cécili, subimos este cerro de 2700m.



15_Mamá e hijos casa Dominicos, en 1980, porche de entrada.

A todo pasto vivía la familia en Huallelemu, porque en 1970 le hicimos una gran piscina y en 1975 una cancha de tenis, todo a pulso con unos maestros. Frente a la piscina el parrón ofrecía sombra, uva y un delicioso lugar de almuerzo y reposo. Por supuesto, recibíamos muchas amistades, especialmente de los niños.

Mis vecinos me pidieron ayuda para la administración del Canal de los Dominicos. Luego me la pidieron para el Canal el Bollo que distribuye el 25% de las aguas del Mapocho. Me relacioné mucho con la Comunidad de las casi 450 parcelas.

Los vecinos necesitábamos organizarnos contra los intentos de crear un Cementerio al frente en el cerro La Gloria, a lo cual obviamente nos oponíamos tenazmente.

Ocho años estuve presidiendo esa Comunidad, hasta que en 1987 la dejé en manos de Pedro Correa Opazo.



Huallelemu, bosque de robles.

Recuerdo una anécdota relativa al hermoso bosque en que se había transformado mi plantación de robles: Don Carlos Vial Espantoso, un connotado empresario, llegó un día con un ingeniero a tocar la campana de la entrada. ¡Quería negociar conmigo la compra de mi bosquecito!

Había recién construido su 'castillito' unas cuadras más abajo en Piedra Roja y le faltaba su jardín y gustándole mucho el nuestro, no quería esperar 10 años. Su ingeniero le decía que los podía trasplantar y que yo pusiera el precio (habló de 15.000 dólares). ¡Era como sacarme el corazón!

No hubo negocio.

Tuvimos también una casa de veraneo en Con Con, en el barrio Los Romeros, calle Los Abedules. Quedamos enamorados de ese lugar fresco en verano, bajo un bosque de eucaliptos, cuando arrendamos una casa cercana un par de años para vacaciones de verano. En la urbanización quedaban algunos terrenos, uno de los cuales compré en cuotas mensuales que casi sin darme cuenta terminé de pagar a fines de los años sesenta. Aquí de nuevo el tío Gastón me pegó una mano, porque cuando quiso pagarme mis trabajos en Toconey, le propuse que me ayudara en la construcción de un refugio de 100m² con madera que provenía de su taller de vigas encoladas en Caleta Portales. Para hacer posible el financiamiento, me asocié con un amigo de IBM que me compró la mitad del terreno y pagó al tío la mitad del costo de la construcción. Con mi amigo nos distribuíamos los días de vacaciones para ocupar la casa, la que quedó terminada en 1974.

Habiendo nacido, estudiado y trabajado en la costa, era siempre una atracción moverse a Con Con y disfrutar de sus encantos marinos. Era trabajoso el traslado de toda la familia de 8. Teníamos que acomodarnos en el auto grande, al que le agregábamos un carrito para acarrear los bultos. Pero disfrutar de la playa era muy atractivo como también los viajes para visitar a mis padres que vivían en Viña del Mar. Guardo lindo recuerdo de un nado con mis tres hijos hombres mayores desde Playa Amarilla a Playa Negra. También paseos al cerro La Campana en Olmué con cumbre y todo, y por roca.

Por acuerdo con mi socio, Fernando García, vendimos Con Con en 1980. Apliqué el producto de la venta a la construcción de una sala de música que ampliaba la casa en Dominicos en 38m².



Trekking en Torres del Paine – 1982 mis hijos Andrés y Pablo junto a Pablo Valenzuela (amigo viñamarino)..

Capítulo 10

Haciendo deporte con mis hijos

Uno de mis orgullos es haber esquiado con todos mis hijos, incluso con la Cécili que era poco amante del deporte. Todo se dio de forma gradual. Un día domingo mis hijos mayores, Arturo y Pablo, me pidieron que los llevara a la Plaza Italia para tomar movilización a Farellones, porque estaban entusiasmados con la idea de esquiar como otros compañeros. Traté de convencerlos que jugaran tenis, ya que teníamos la regia cancha en casa. Ante su insistencia, los llevé a las 7 de la mañana a Plaza Italia. Cuando al siguiente fin de semana me pidieron lo mismo, decidí que los acompañaba.

Así iniciamos y aprendimos juntos el esquí. Fue maravilloso ver cómo se fueron incorporando en los años siguientes los hijos menores, uno a uno, Andrés, Ani, Nico y finalmente la Cécili, la mayor, que logramos que aprendiera a esquiar.

Siempre que planeábamos salir a esquiar, era muy importante partir temprano, lo que nunca costó mucho, por la gran motivación que el esquí les provocaba. El objetivo era estar pasando el Control de Carabineros en el Arrayán antes de las 8 de la mañana. Entonces alrededor de las 9 ya estábamos estacionando el auto frente a las canchas, bajando el equipo y tomando el desayuno que llevábamos preparado.

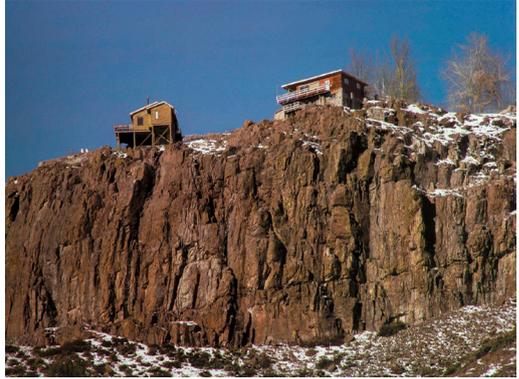
Además de Farellones, solíamos ir a Portillo, aunque el viaje era más largo y costoso. También fuimos alguna vez a Río Blanco, a las canchas en el faldeo de La Paloma. Con excepción de la Cécili, que esquiaba en las canchas bajas, todos los chiquillos eran unas saetas para esquiar. A mí me costó un poco más, pero llegué a subir todas las canchas, incluso el Cóndor en Portillo, notable para haber aprendido a esquiar a los 42 años.

Y como una cosa trae a la otra, un día me encuentro con el padre de un compañero de Arturo, el arquitecto Luis Middleton, urbanizador antiguo en Farellones. Sabiendo que me gustaba la montaña, él necesitaba algo de plata y me ofreció un terreno que tenía reservado para su hijo, así me dijo, en el borde de un barranco. No lo pensé dos veces, interesé a mi amigo Carlos Orrego y lo compramos a medias a un precio ridículo que al final no fue tanto, porque debía unos 8 años de contribuciones. Esto sucedía en el año 1982, era para soñar un poco construir algo allí, con espectacular vista al Cerro Plomo y al Cerro Paloma. Soñar con estos proyectos siempre me gustó.

La suerte me acompañó nuevamente cuando recibí una plata de herencia con el fallecimiento de mis padres que la apliqué a construir un refugio al más puro estilo alpino. En cincuenta metros cuadrados levantamos dos dormitorios separados por un espacio living-comedor-cocina, todo en madera de pino sobre pilotes. Como estaba inmediatamente encima del barranco, cuando quise obtener permiso no me lo autorizaron. Había llevado al tío Gastón para que me diera su recomendación sobre cómo emplazar en pura roca los pilotes. Era un desafío por la cercanía del precipicio. Pero la inmensa gracia para alguien que le gusta la montaña era precisamente ésa. El permiso lo logré años más tarde por la famosa ley del mono, en la cual bastaba un croquis para aprobarlo. En 2015 apareció una publicación de la historia de Farellones auspiciada por la Corporación de Adelanto en un hermoso libro donde el refugio sale destacadísimo.

Mis amistades de montaña llegaban como a su casa, a la 'baita', como así la bautizaron los italianos del Stadio (Giorgio Cattoni, Carlos Colombo, Francesca

y Carla Bonati, y otros). Era refugio abierto, hubo fines de semana que dormimos hasta 20, tenía un altillo para unos 4 o 5 sacos de dormir. En mi onda ecológica me di el gusto de instalar placas solares (pionero en 1987) para agua caliente, vidrios dobles y funcioné dos años sin electricidad. Como estaba inmediatamente encima del farellón, los escaladores



La Baita.

a los que les gustaba este deporte, aseguraban su cuerda en un pilote y hacían descenso (rapel), el largo de cuerda de 50 metros, justo la altura del farellón.



La Baita, con placas solares

Fuera de la temporada de esquí, salíamos de la 'baita' con más facilidad a las cumbres cercanas con mis hijos o amigos del Stadio. La Parva y el Pintor (4000m) eran las excursiones más habituales, más agresivo era subir el Leonera (5090m) que lo hacíamos por el día en verano. En una ocasión con Jorge Quinteros hice una invernada (en junio) a este cerro, en una salida de 3 días, uno de mis logros destacados en la montaña.

Andrés, mi hijo, era bien 'aperrado' para subir cerros. Nos entusiasbamos una vez para subir un cinco mil: El Plomo, de 5300m. Lo logramos al segundo intento, un día de diciembre de 1984 junto a todo el curso de montaña de la Universidad Católica que dirigía Claudio Lucero. A las 9:30 de la mañana estábamos en la cumbre habiendo salido de la 'Olla', el campamento base a 4200m, a las 3:30 de la mañana. Nosotros andábamos independientes, pero Claudio, al vernos llegar al campamento, nos ofreció incorporarnos: gran cosa, porque aprendimos que el truco era levantarse tempranísimo para asegurar la cumbre.

Con ese éxito pensamos con Andrés más en grande: por qué no lo máximo?

Nos lanzamos al Monte Aconcagua, un siete mil (6962m) en diciembre de 1985. La expedición la organizamos con 3 alumnos de la Escuela de Montaña de la Universidad Católica. Teníamos 11 días para la ascensión que incluía un tiempo significativo para aclimatarse. A pesar del empeño no logramos la cumbre. Yo alcancé los 6500m (Refugio Independencia) y Andrés alcanzó 300m más. Nos devolvimos al Refugio Berlín (5900) por distintos motivos. El principal problema: nos faltó aclimatación, 5 días en el campamento base fue muy poco. En mi caso mis guantes probaron ser insuficiente protección contra el frío y empecé a tener principio de congelación en dos dedos.

Mi hijo Pablo también amó la montaña. Con él hicimos cumbre en el cráter del volcán Villarrica en el verano de 1989 y en 1986 también intentó llegar a la



Con Pablo en cumbre de Cerro San Ramón, rally junio, 1989.

cumbre del Aconcagua con una expedición del Stadio, pero la montaña 'no les dio la pasada' como me decía Mauricio Purto, montañista con cumbre en el Everest.

La 'baita', cuna de nuestra actividad montañística, la compró Arturo, mi hijo, cuando cambié del montañismo a la navegación.

El Refugio de Farellones fue otro gran acierto; pienso con cariño que aún está en la familia y lo gozan mis hijos y nietos.

Alguna vez me celebraron la 'amistad' que tenía con mis hijos. Esta relación existía, porque hacía deporte con ellos, practicábamos tenis, subíamos montaña, aprendimos todos a esquiar y organizábamos excursiones. Con Arturo, Pablo, Andrés, Ana María y Nico subimos muchos cerros, de estos paseos tengo los mejores recuerdos de ellos. La montaña es una actividad que requiere de mucho compartir esfuerzos, planificación y vivencias profundas. La que sigue es una.

Cuando con Nicolás (14 años) fuimos al campamento base del monte Acon-

cagua, porque queríamos respaldar a Pablo que estaba intentando la cumbre, vivimos los dos unos momentos tan difíciles que jamás se nos van a olvidar, a mí como padre menos que a nadie. En el largo caminar de casi 40 km para llegar al campo base en la cota 4200, acampamos al inicio, cerca de laguna Horcones, a unos 3200 metros de altura, dejando el auto allí para salir temprano y ahorrar unos kilómetros. A poco andar debimos cruzar el helado estero que bajaba cual torrente desde la montaña. Buscamos el mejor modo de hacerlo y decidimos saltar entre roca y roca en una angostura, donde por supuesto el agua pasaba veloz.

A las 8 de la mañana todo estaba escarchado y Nico al efectuar el salto, sin mochila, cayó al otro lado, pero resbaló en la pendiente y atinó con agilidad de ardilla a virarse y quedar apoyado con sus brazos en la pared de la roca del lado desde donde saltó con los pies en la otra, formando un arco con su cuerpo y evitando así caerse al agua. El torrente pasando por debajo, profundo, helado, a una velocidad de miedo, sin poder moverse y en equilibrio absolutamente inestable. Serenidad para pensar era lo único que cabía: cómo lo ayudaba sin que se fuera a resbalar? Tenía que mantener los pies apoyados, enderezar su cuerpo, virarlo en 180° e impulsarse para sujetarse a la roca. No podía resbalar, si caía era su fin, imposible de rescatarlo con el caudal cayendo entre rocas muchos metros aguas abajo. Tomé un bastón de esquí y despacito con todo cuidado fui empujándolo hasta que se enderezó y pudo impulsarse atinadamente y no resbalar hasta salir de su situación crítica.

Lancé su mochila y la mía y luego salté yo con cuidado de no caer en la escarcha. Cuando reanudamos la marcha, sólo pensamos en agradecer y rezar. La angustia más grande junto a un hijo que he pasado en mi vida. Ni pensar la tragedia que pudo haber sido.

En las reuniones de Padres y Apoderados del Colegio Manquehue cuando se discutían las posibilidades de viajes de estudio para Arturo y se pedía con insistencia realizar uno fuera de Chile, insistí en que lógicamente habría que preferir conocer nuestro país. Acordándome que mi padre algún día me dijo que podría contactar 'Transportes' de la Armada, me ofrecí para consultar y encontré buena acogida.

Así, los chiquillos hicieron un viaje maravilloso en el transporte 'Aquiles', zarpando desde Punta Arenas hasta Puerto Williams con una salida hasta el Cabo de Hornos, regresando a Punta Arenas, Chiloé y Valparaíso. Como por

casualidad el comandante del buque, Fernando Cabezas, resultó ser conocido de mis tiempos de colegio, me invitó con Sra. a viajar con ellos reservándome un camarote. Erika no quiso ir, yo viajé con el grupo eso sí desembarcando en Chiloé al regreso. Fue una experiencia única para los chiquillos, llena de vicisitudes que los compañeros de Arturo recuerdan siempre.

Al año siguiente, 1980, también pude ayudar al curso de Pablo. Esta vez en un viaje de estudios más corto, pero potente: ¡a la Isla de Pascua! En las reuniones de padres del Colegio no siempre es fácil aunar posiciones. La idea del vuelo a esta posesión insular fue bien acogida y fructificó un lindo y pionero viaje de estudios que mucho se valoró.

Los papás que trabajamos en el proyecto conseguimos facilidades especiales. Al final me pidieron que yo acompañara al curso, aparte de los dos profesores, aprovechando un pasaje adicional. Invité a mi hijo Arturo a mochilear conmigo en paralelo por la deliciosa isla, vivaqueamos y nos ganamos buenas amistades con los guardaparques que aún recordamos y conservo, porque la magia de Rapa Nui me ha llevado en años posteriores a disfrutarla en dos oportunidades.

No tuve igual suerte con el curso de Andrés en el programa de su viaje de estudios 3 años después. Su curso optó por un viaje de menor significación. Las circunstancias no fueron favorables.



Capítulo 11

Quiebre

Hacia finales de 1970 y principios de 1980, ya bien asentados en Huallelmu, mi trabajo en IBM viento en popa, los niños disfrutando de excelente salud y, teniendo activas relaciones sociales en el barrio Los Dominicos, empecé a darme cuenta que la relación de pareja empezaba a presentar problemas.

Erika fue una madre ejemplar y muy dedicada a sus hijos hasta que Nicolás, el menor entró al colegio. Llevaba bien la casa y no trabajaba fuera de ella. Poco antes de que vendiéramos la casa de Bilbao, en 1968, se había recibido de profesora de inglés, algo que logró 10 años después de egresada. Eso le permitió hacer unas clases en el colegio SS.CC. de Manquehue, lo que finalmente no fue de su agrado. Su vena era la música y a eso se empezó a dedicar asistiendo a clases en el Conservatorio Nacional. Tenía 11 años cursados de piano, así que se relacionó con ese mundo rápidamente.

Poco a poco empezó a tomarle más tiempo el Conservatorio y menos la

casa. Lo cual yo trataba de compensar como podía en mi tiempo libre, principalmente en las compras y en el acarreo de los niños al Colegio y a sus clases de música. Lo aceptaba, porque quería que se sintiera bien y aprovechara su gran talento musical. La apoyé con sus actividades musicales hasta donde podía, acompañándola o llevándola a sus ensayos, también en sus actividades sociales en ese círculo.

Mientras más me involucraba yo en las actividades domésticas, más tiempo ella le dedicaba a su música. Hice muchos esfuerzos por relacionarme bien con sus amistades, con éxito en algunas. Ella disponía de movilización pudiendo así hacer su programa diario. En la mañana, a las 7,30 salía yo con 4 o 6 de mis hijos para llevarlos al colegio y cuando llegaba de mi trabajo tipo 7 de la tarde, la mamá no estaba en la casa. Empezó a ser normal que apareciera a las 9, o a veces a las 10 de la noche. Yo comía con los niños y la esperábamos con paciencia que terminara sus ensayos.

Algo que nunca pudo controlar fue su falta de puntualidad. En el entorno familiar y de amistades eran famosos sus atrasos. Los que tuvimos que vivir con este problema -para mí lo era y para muchos también- nos sorprendíamos reiteradamente en sus excesos en este sentido. Cuando finalmente nos convencimos que el problema era irremediable, tuvimos que asumirlo y contrarrestarlo de alguna manera: los horarios para cualquier actividad no era posible fijarlos, entonces hubo que prepararse y tomar uno la sartén por el mango. Así fue que asumimos como normal la compra semanal de las provisiones, las partidas tardísimas cuando viajábamos a Con Con, o actividades sin ningún horario fijo. Pero siempre lograba sorprendernos la dimensión de sus atrasos.

Para sobrevivir a semejante cambio de vida estaba haciendo más deporte. Había empezado a trotar regularmente al llegar de la oficina y estábamos subiéndolo el fin de semana con mis hijos y amigos. La cumbre del Provincia (2700m) era nuestra meta a lo menos una vez al mes. El sábado temprano hacía las compras semanales en el supermercado con alguno de mis hijos que se turnaban, generalmente Ani o Nico. Luego de ordenar las provisiones, subía a la cancha de tenis para alistarla y esperaba a eso de las 10 un partner invitado a jugar conmigo. Cuando terminaba el tenis, llegaban mis hijos grandes Arturo, Pablo, o Andrés, que se habían levantado más tarde y querían también disfrutar la cancha. Generalmente invitaba a los chicos después al Mokka del Parque Arauco para un jugo o café cortado bien hecho y un rico sándwich, lo que nos venía muy bien, porque antes de las 3 ó 4 de la tarde no se vislum-

braba almuerzo.

Por esos años me había hecho socio del Stadio Italiano para hacer gimnasia dos veces por semana a las 8 PM. Fue una sabia idea, porque mucho me apoyé en las amistades deportivas que me acompañaron cuando me iba quedando solo. Hoy 30 años después aún sigo activo en el Stadio en tenis y gimnasia.

Era triste constatar que a veces me encontraba solamente con Nico en la parcela los fines de semana, Erika y mis hijos tenían su panorama fuera de la casa.

Así las cosas, luego de unos 3 ó 4 años, lógicamente empezamos poco a poco a caminar sendas separadas. La música y sus ensayos estaban provocando una separación.

Recuerdo haber hecho esfuerzos para revertir el rumbo de la relación: ruegos, idas al psiquiatra y amenazas de separación.

No constatando cambios, tenía que estar preparado para lo impensable un tiempo atrás: el quiebre del matrimonio.

¿Qué hacer Arturito? Pensaba: 25 años de matrimonio, 6 hijos, todo lo que habíamos logrado, lo que habíamos superado, incluyendo mi crisis financiera y difícil adaptación matrimonial en los inicios. ¿Todo echarlo por la borda?

Tenía la parcela que estaba tan bonita, sus árboles hermosos, parrón y frutas para disfrutar, pasto y espacio para caminarla, así que no me apetecía moverme de ella, excepto para subir los cerros que hacíamos de vez en cuando.

Mi trabajo y mis deberes para con mi casa e hijos llenaban gran parte de mi vida. El deporte el resto.

La relación de pareja se fue tornando difícil, luego muy difícil, y luego imposible. Había situaciones no aceptables. Vino la separación. Y tras la separación vino lo más doloroso: separarme de mis hijos y abandonar mi amado Huallelemu.



"Mis padres" julio de 1957.

Capítulo 12

Mis padres desaparecen

Este año 2016 se cumplieron 30 desde que mis padres desaparecieron repentinamente en un accidente ferroviario, el más grande sucedido en Chile.

Fue un 17 de febrero del año 1986 en Queronque, Limache, una tarde de domingo cuando dos trenes chocaron de frente, producto de una infame falla humana al permitir que avanzaran en sentido contrario trenes por una misma vía. Fallecieron en el lugar 59 personas, mis padres entre ellos. Habían ido a pasear a los Andes en el día del cumpleaños de mi papá, él cumplía 81 años. Ellos quisieron salir solitos ese día ya que ninguno de sus hijos estaría en Viña para celebrarlo.

Cosa horrible fue imponerse al día siguiente, luego de una búsqueda frenética, que mi papá y mamá habían fallecido instantáneamente, a él lo trasladaron a Valparaíso y a ella a Quillota, en las morgues respectivas. No quiero recordar lo que fue todo lo que siguió durante esos días, el entierro tres días después, las reuniones tristes en casa del tío Malucho, la llegada de la Polín e Isabel Margarita del extranjero y la realidad de ver que ellos no estaban y que quedaron tantas cosas de la vida que hubiéramos querido profundizar.

Nos enteramos con gran sorpresa que mi papá dejó una pequeña hija, en ese entonces de 3 años, de la cual nada sabíamos y que descubrimos durante la penosa burocracia que siguió al fallecimiento. El la había reconocido, por lo tanto era nuestra hermanastra.

Una feliz corazonada me permitió vivir 3 días con mis padres la semana anterior, porque en vista que Pablo estaba intentando subir el monte Aconcagua, algo que yo había hecho el año anterior con Andrés, tomé vacaciones y con Nicolás fuimos a verlo al campamento base la semana del accidente. Entonces decidí que en vista de que no iba a estar para el cumpleaños de mi papi, quise pasar unos días con ellos a modo de compensación. Ese consuelo me quedó, al menos: estuve regaloneando, durmiendo en la misma cama con mis padres al lado...para llorar cuando me acuerdo.

Todos en la casa siempre tuvimos grandísima admiración por lo que mi mami hizo por nosotros, una madre maravillosa, sacrificada, sobretodo alegre enfrentando las durezas de la vida. Su ejemplo perdura en nosotros. Siempre comunicativa estábamos al tanto de sus quehaceres y problemas, los compartía.

De mi padre en cambio tengo sentimientos encontrados, porque su cariño lo expresaba poco, casi teníamos que adivinarlo, lo sentíamos sin embargo, Su preocupación por darnos el sustento lo distraía de nosotros, ese sustento que fue esquivo en muchos años y periodos de nuestra vida.

Como hijo mayor tuve oportunidad de trabajar con él en asuntos relativos al mar. Ese fatídico 17 de febrero, día en que cumplía 81 años, quedaron muchas cosas por saber de él, y de conocer más de su vida de marino que lo marcó tanto. Hoy, 30 años después, pienso que su figura se ha agrandado para mí. Aprecio su persistencia, voluntad y esfuerzo para ganarse el pan para la educación de sus seis hijos, con los talentos que le fueron dados. Dejo constancia que en su vida de marino hizo cosas notables (ver en apéndice: Replotamiento del Gundulic).

Con el correr del tiempo recapacito sobre el accidente y pienso que tal vez al irse juntos, tan trágica y repentinamente, sin dolor, la vida quiso darles esa alternativa que para algunos al prolongarse hasta una avanzada edad es muy penosa.

Es un pequeño consuelo.



La tumba de mis padres en Cementerio N°1 en Valparaíso.



Capítulo 13

Se abre un mundo nuevo

El año 1986 lo tendré siempre en mi memoria por el fallecimiento de mis padres, algo tan doloroso que sucedió sin aviso. Pero ese año también lo recordaré, porque se iniciaba otra vida para mí. Tenía 52 años.

El quiebre de mi matrimonio el año anterior no me traía para los inicios del nuevo año nada auspicioso. Sentimentalmente había asumido la tragedia. Con velocidad sorprendente mis amistades supieron, se acercaron apoyándome y pude sentir el cariño alrededor mío, especialmente en el Stadio Italiano.

Mi amigo Patricio Bravo en cuya casa me alojé en Nueva York de adolescente, (1 West 72nd.St. en Manhattan) y con quien me veía de vez en cuando, me invitó el 25 de marzo a una velada para despedir a los padres de Sonia Flory (chiquilla de esos tiempos también) que se volvían a EE.UU.

A Sonia no la veía desde hacía 32 años, se había casado pero estaba separada. Fuimos muy amigos en la Gran Manzana, 7 años menor, era linda, mocosa para mí entonces, me gustaba. Vernos ahora y querernos fue una sola cosa, tantos recuerdos. Esa noche después del cóctel nos quedamos a comer con Pato y quedamos en llamarnos. Ella hizo la primera llamada una semana después para fijar un día de encuentro y otro más para visitar Pirque donde teníamos otra amiga de esos entonces. Allí iniciamos nuestra relación ese 19 de abril para no separarnos más hasta su muerte 23 años más tarde en junio de 2009, víctima de un cáncer al pulmón.

Con Sonia todo sucedió muy rápido, porque había mucha química, estábamos sin pareja y porque los dos fuimos muy decididos. Ella vivía en su casa con 2 hijos solteros, él abogado y ella por recibirse de profesora. El marido tenía su pareja y deseaba anularse lo que Sonia no aceptaba. Yo nada podía anticipar. Mi absoluto deseo era quedarme en los Dominicanos y ejercer mis derechos.

El cariño de Sonia vino a llenar un tremendo vacío en mí y lo mismo noté que fui yo para ella. Empezamos a juntarnos para salir los fines de semana, ella queriendo seguirme en lo que hacía deportivamente que era principalmente montaña con el grupo del Stadio. Su vida giraba alrededor de su casa, tenía pocas amistades. Sin embargo, para mi asombro se adaptó increíblemente a las salidas para subir cerros como el Manquehue, La Parva, El Pintor, El Provincia. Se incorporó al entrenamiento físico que hacíamos dos veces por semana en el Stadio y congenió mucho con el grupo.

Sonia fue hija única, había perdido a su padre a los 5 años. Su madre, Wally, se casó luego con Eugenio Salazar, un distinguido ingeniero de Endesa cuando Sonia tenía 10 años. Su familia vivió 3 años en Nueva York con Sonia en el tiempo en que yo estuve con mi familia allá siendo soltero. De regreso a Chile fue alumna del Santiago College y unía a su especial atractivo una cultura mixta anglo-sajona, el alemán de su niñez lo había perdido.

Cuando Sonia empezó a hacer la vida deportiva junto al grupo del Stadio se sintió muy a gusto, conoció un mundo nuevo del cual se enamoró. Siempre le atrajo la naturaleza así que fue como un encontrarse con lo suyo. Entonces durante el primer año fuimos conociéndonos a fondo en nuestros gustos que mucho coincidían, lo que precisamente no había encontrado en mis últimos años de matrimonio.



Tomando posesión del "Aries", rebautizado "ANAKENA".

Capítulo 14

A toda vela

Mi cardiólogo me acaba de decir (diciembre de 2015) que soy un 'suertado,' porque en mi último control, como tantos otros que he tenido después de un infarto a los 61 años, encontraron que mis coronarias estaban tapadas, Me pusieron 4 stents que me debieran durar otros 20 años... hoy tengo 82 años.

Si no voy a control, no me hago el examen solicitado y no me arreglan las estrecheces de las arterias, hubiera tenido en cualquier momento un desastre mayor a mi salud. La intervención se hizo por la arteria radial, me tomó dos días de hospitalización, y a la semana jugaba tenis nuevamente. Por eso tengo suerte, según el Dr. Pinto de la Clínica Alemana.

Tiene toda la razón el doctor, porque reconozco que en la vida he tenido suerte eligiendo buenos caminos. En abril de 1992, estando acampados en la cercanía de la playa Anakena en la Isla de Pascua, nos encontramos con Sonia con la tripulación de un velero holandés.

En la soledad de esa playa una mañana conocimos a esa pareja que navegaba la vuelta al mundo en un velero de 33 pies. Mi admiración por lo que estos navegantes emprendían me quedó retumbando el resto de ese año. Nos hicimos amigos, compartimos experiencias de vida deportiva, la nuestra de montañista, la de ellos marinera. Las puestas de sol en el Pacífico con los moais y palmeras a la espalda en exótico paisaje pascuense incentivaron una amistad difícil de olvidar. Este encuentro motivó mi interés por imitar lo que el velero 'Moonshadow' de estos holandeses hacía: navegar por el mundo. ¿Sueño? Sí, un sueño, pero realizable. Era cuestión de aprender lo básico y lanzarse. Eso hice.

Tomé el curso de Patrón de Bahía y Costero durante 1993 y...ya estábamos para lanzarnos. ¿Cómo? No lo sabíamos, pero los caminos se nos fueron abriendo y terminamos en Miami comprándonos un velero danés de 30 pies al que bautizamos 'Anakena'.

En mayo de 1994 llegamos a Miami con mochilas para hacer trekking en EE.UU. El plan era visitar los parques del Oeste en una aventura que nos tomaría unos 4 meses. Jubilado, cuidando mis pesos, habíamos vendido recién 'Huallelemu', la parcela de los Dominicos. Nos íbamos a gastar buena plata a pesar de todo, pero todo calculado.

La excursión que estaba programada desde hacía tiempo, la combinamos con una invitación de mi amigo Mario Castillo a navegar un yate arrendado en las Islas Vírgenes. Mario tenía un velero de 26 pies en Algarrobo y nos estaba endilgando en navegación al mismo tiempo que yo estudiaba el curso de Patrón Costero. Luego de 10 días de acompañarlo como tripulantes del velero arrendado por las islas Vírgenes inglesas, vimos con Sonia que era factible el sueño de navegar solos por los mares del mundo. Decidimos cambiar de proyecto: En vez de Parques Nacionales del Oeste ahora sería el 'Anakena'. Las mochilas entonces se redirigieron a bordo del bote que nos entregaron 20 días después, se llamaba 'Aries' y a pesar que la tradición náutica no recomienda cambiar los nombres a las embarcaciones, decidimos recordar nuestra isla Rapanui donde habíamos acampado.

Nuestro entusiasmo era inmenso, estábamos fascinados. En febril actividad estuvimos listos para zarpar en 10 días, tiempo que nos dio la Autoridad para realizar la exportación de la embarcación y así evitar el 10% de impuesto. Con el aprovisionamiento y vituallas necesarias, incluyendo revisiones del cas-

co fuera del agua, zarpamos un 30 de mayo de 1994 rumbo Bahamas. Había que cruzar la Corriente del Golfo, unas 100 millas. Como no había capitaneado antes, contraté un sudafricano que nos dejó en Grand Bahama, luego de una navegación nocturna.

'The real thing'. Nunca olvidaré la emoción de encontrarnos solos en el velero, luego que el capitán nos abandonó a mediodía para regresar en avión. En junio ya comienza el período de malos tiempos que dura hasta noviembre. Más encima sin experiencia marinera, la perspectiva para emprender navegación por esos mares desconocidos y famosos por sus huracanes y aguas someras (recordando el libro 'Triángulo de las Bermudas') llenas de escollos era suficiente para helarme la sangre. Bahamas "is not for beginners" rezaba la guía de navegación a vela de la zona... pero Alia jacta est, los dados estaban echados.

Así comenzó el período de mi vida de navegación a toda vela...Duraría 22 años.

Tímidamente comenzamos a seguir la costa, primero solamente a motor, luego una vela, luego las dos velas, aprendiendo todo sobre el velero. Y así poco a poco avanzamos siguiendo las guías y sobre todo los consejos y ayudas de los otros yates que siempre están dispuestos a apoyarte. Lo aprendimos todo desde lo más básico, aprendimos a arriesgarnos serenamente, escondiendo el miedo, el capitán tiene que dar confianza. Los primeros ventarrones y escoradas eran un poco aterradores. Debo reconocer que encontré en mi compañera un tripulante duro para las vicisitudes que siempre aparecen en el mar. Éramos una dupla dispuesta a todo. Nos repartíamos la pega codo a codo, ella siempre dispuesta a echarle para adelante y apoyándome en difíciles momentos. Las escotas las manejaba yo, mientras Sonia, bien aferrada a la botavara, apoyaba en el izamiento o arreo de la vela mayor. Mi gran temor era que se cayera al agua. ¿Cómo la recuperaba? En el curso de patrón uno aprende la teoría, pero en la práctica... Lo que aprendimos después, ya duchos en el mar, es que NO HAY que caerse al agua, simplemente eso.

En los primeros 2 años, 1994 y 1995, exploramos las 700 millas de Bahamas y Turks & Caicos en la temporada junio-octubre (1994) y enero-junio (1995). Zarpábamos de Fort Lauderdale y regresábamos allí mismo. Bahamas se extiende desde el paralelo 27 N hasta el 22 N. Las tormentas tropicales con fuerza de huracán más frecuentes suceden hasta la latitud 18 N como límite Sur. Las compañías de seguros exigen que uno no navegue más al norte del 18 N entre junio y noviembre, aunque ha habido huracanes ocasionales más al sur.

Así las cosas decidimos que si queríamos disfrutar mejor y más tranquilos debíamos navegar los meses de diciembre a mayo y dejar el velero en las islas al sur de la latitud 18°N en la temporada de huracanes (junio-noviembre).



"Mapa con navegación en Mar Caribe, del Anakena.

Desde 1996 al 1999 navegamos períodos de 6 meses dejando el 'Anakena' fuera del agua en la Isla francesa Martinica y regresando a Chile vía Miami para volver la temporada siguiente a embarcarnos.

A diferencia del sur de Chile, donde el viento puede venir de cualquier cuadrante, en el Caribe los vientos son del Este 95% del tiempo, lo que permite navegación cómoda con rumbos norte-sur que es más o menos la orientación de las principales islas en las Indias Occidentales, ese arco de islas que van desde Puerto Rico hasta Grenada. Recorrimos todas las islas con excepción de Trinidad Tobago.

El 'Anakena' se distinguía por su bandera chilena (parecida a la tejana) entre tanta embarcación norteamericana, francesa, inglesa, alemana. Generalmente éramos el velero más pequeño del fondeadero. Esta condición nos traía amistades que deseaban compartir experiencias y nosotros las aprovechamos bastante, pues teníamos un programa de navegación muy flexible, pasábamos

muchos días en fondeaderos que nos gustaban, disfrutando de playa, aguas cristalinas y facilidades para comer y abastecerse. En ocasiones navegamos acompañados de otros veleros y juntos compartíamos la ruta y nos volvíamos a encontrar en otras bahías.

Hernán Seoane, amigo del Stadio Italiano, fue uno de los que me enseñó la vela. En su velero 'Cachorro' de 28 pies nos dio lecciones en Algarrobo y cuando supo de nuestra compra del 'Anakena' se entusiasmó y compró un 39 pies al año siguiente también en Miami. Planeamos una salida a Bahamas juntos que fue toda una aventura. Zarpamos en convoy de Fort Lauderdale al atardecer de un día de enero de 1995 para cruzar la Corriente del Golfo para Port Lucaya, Bell Channel, Grand Bahama, unas 100 millas que uno navega principalmente de noche para amanecer llegando a la costa bahameña. Nos acompañaban mi hija Ana María y Denise, hija de Sonia.

En el 'Cachorro II' iba Hernán con su señora Ana María, Rodrigo y Daniel sus hijos. A poco navegar se oscureció, el 'Anakena' con menor andar fue quedando atrás, al principio lo seguimos ubicando su luz de tope, pero luego se nos perdió. Era mi primera capitaneada zarpando de Florida destino Este para cruzar la Corriente del Golfo que corre dirección norte con intensidad 3 ó 4 nudos. Ya en plena corriente, el mar se puso picado, yo mostraba serenidad, pude manejar bien el oleaje con motor y vela y amanecer cerca de la costa de Bahamas. Ni señas del 'Cachorro', habíamos perdido contacto radial también. Tuvimos que esperarlo un par de horas para la entrada a puerto (Bell Channel) como convenido.

Cuando vimos aparecer el 'Cachorro' nos sobrevoló un helicóptero de la Guardia Costera que nos llamó dirigiéndose al 'Anakena': "the boat with the texan flag has the EPIRB alarm on" y algo más que no recuerdo. Le alerté que no era yo, que debía ser el 'Cachorro' más atrás, porque la bandera chilena es parecida a la de Texas. Efectivamente, así era.

No sé cómo se las arregló Seoane para sacarse la falta por la falsa alarma: tenía al Coast Guard de EE.UU. alertado también. Nunca me reconoció mi amigo que la alarma la encendió a propósito de puro susto para que lo tuvieran ubicado en la navegación nocturna de las movidas aguas del Gulf Stream (esa alarma sólo debe activarse en serio peligro, caso contrario hay multa).

Por algo en la conocida guía decía: Bahamas is not for beginners...Hernán sí me confesó esa vez que se había mandado otro "condoro": había perdido los

anteojos por las escoradas en el cockpit en la noche y no leyó bien el rumbo en el compás y no corrigió el desvío de la corriente. Esa fue la razón que a pesar de tener su yate mayor andar, llegó atrasado al rendez-vous con el 'Anakena'. Cuando amarramos en el muelle en Bell Channel nos dimos un abrazo de 'cum-bre', felices de nuestro bautizo caribeño.

Año tras año fuimos aprendiendo mucho de las azules y cristalinas pero peligrosas aguas del Caribe. Su temperatura de 26 a 28° invita a zambullirse a menudo y a hacer snorkeling. Hay mucho sol, mucho calor sobre todo en los meses abril-agosto. Recorrimos hasta 1000 millas en temporadas, nos paseamos de norte a sur de las Indias Occidentales varias veces. La belleza de las Grenadines nos cautivó, en particular Petit Saint Vincent. Allí comimos la langosta más exquisita de la vida: la oportunidad de encontrarme con un bote pesquero que venía llegando con este crustáceo me la brindó una salida a trotar temprano alrededor de esta pequeña isla.

Todas las islas ofrecían hermosos fondeaderos, generalmente bien protegidos, porque están a sotavento. Por la regularidad de los vientos, estas aguas son el paraíso de los botes a vela.



Con Ani en Gran Bahama, 1995.

Al atardecer las velas comienzan a llegar a sus fondeaderos y los lugares para ubicarse escasean. Echar el ancla se vuelve un arte para no verse encima del vecino en la noche, siendo siempre complicado re fondear oscuro. Cuando nos movíamos entre las Islas grandes, el oleaje y viento del Atlántico quedaban al descubierto en toda su intensidad en los canales que las separan, a veces por más de 40 millas. Entonces el viento alisio (del Este) pega más o menos fuerte y ofrece desafíos para la vela, en invierno con más componente norte, en verano más del sur.

El Caribe es un mar tan distinto al que uno navega en Chile. Aparte de la temperatura el agua y su color, viento y diferencias de altura en mareas, está el entorno de embarcaciones. Las bahías siempre están muy concurridas, lo que también se refleja en las rutas más conocidas. En Georgetown, Exuma Island, hay no menos de 50 veleros siempre en la bahía. Por lo mismo las oportuni-

dades de compartir experiencias con otras velas son muchas.

Midnight Lady', un 35 pies de bandera tejana se nos acercó un día. Charlie y Sue navegaban como nosotros rumbo Sur, pensaban quedarse en Puerto Rico, hicimos buenas migas, navegamos juntos hasta Turks and Caicos donde nos despedimos, pues decidimos regresar a Florida. Los pasamos a ver a Puerto Fajardo, Puerto Rico, al año siguiente y al 4º año los vimos nuevamente. Su velero había sufrido mucho con un huracán (creo que "Hugo") azotándose contra los muelles y se hundió allí mismo. Así son las cosas por esos mares tropicales. Es extremadamente difícil proteger un velero si tiene que afrontar una tormenta de la magnitud de huracanes, intensidad de 62 nudos o más. Puerto Rico está en latitud 20°, paso habitual de las tormentas.

En nuestro avanzar al sur por Bahamas nos encontramos que sin desviarnos mucho podríamos visitar San Salvador o Guanahani, la isla donde arribó Cristóbal Colón. Qué emoción fue llegar a vela al mismísimo lugar un 11 de mayo de 1995. Una gran bahía de aguas muy bajas donde "cabén todas las naos de su

majestad". Un hito para no olvidar. De testigo tenemos a Mario Castillo que cuando supo de nuestro proyecto voló a Georgetown para unirse a esa navegación.



"En GUANAHANI", San Salvador, Isla donde tocó tierra Cristóbal Colón el 12 de octubre, 1492.

Mi amiga Olga con su marido Pancho y otras amistades estuvieron con nosotros en Bahamas (Carlos Orrego, Giorgio Magnani, Gustavo Roncatti, con sus respectivas parejas). Más al sur en Martinica y Guadalupe dos veces nos visitó el gran amigo francés, astrónomo y montañista también Didier Pelat y Catherine. Su segunda visita fue para un eclipse total de sol frente a Guadalupe. Zarpamos un

26 de febrero de 1998 de la bahía Deshais hacia el oeste por unas 20 millas para observarlo mejor. El comienzo del eclipse fue a las 13:00 y su máximo a las 14:31 (apunté en la bitácora). Una vivencia única: espectacular vista de la corona del sol, Mercurio y Venus en la cercanía, las gaviotas revoloteando desorientadas en la especialísima oscuridad que se va produciendo a medida que avanza el eclipse.

Más de una vez tuvimos que enfrentar tormentas de corta duración. Velereando con mar tranquilo de repente empieza a asomar en el horizonte una nube negra que uno desea no se interponga en nuestra ruta. La mayoría de las veces sucede que hay que enfrentar la tormenta y corresponde prepararse arreando velas ante la inseguridad de la intensidad y dirección del viento y la intensa lluvia asociada con truenos y rayos, afortunadamente no son de larga duración. Estando en la prístina isla Concepción, paraíso del snorkeling, nos encontramos unos 6 veleros al ancla, el 'Anakena' uno de ellos, cuando de pronto se nos viene encima una tormenta. Un 'Hunter' de 35 pies fue alcanzado por un rayo y vimos como caía sobre el tope del mástil con fuego y sonido aterrador. En 20 minutos la tormenta pasó y pudimos ir a ver a los tripulantes que estaban bien y nos contaron del susto y de daños: toda la electrónica quemada o fundida.

El Caribe presenta muchas oportunidades de placer para el que navega por sus aguas tibias y de viento regular. Así que siempre hay mucho velero disfrutando, algunos en bote propio otros arrendados. Aprendimos la expresión "Serendipity" usada para expresar las ocasiones en que uno encontraba lugares o situaciones que no se buscaban y que sin embargo daban alegría. Un suceso de este tipo tuvimos en Salt Bay, una bahía en las Islas Grenadines.

Habíamos llegado crucereando a fondear en el último lugar disponible (habían unos 20 botes de todos tamaños), la bandera chilena del Anakena siempre flameando. Mientras saboreábamos un sunset drink (sundowner) en el cockpit, se acercó un dinghi (bote inflable) con 2 tripulantes, y uno me señala un folleto diciéndome "this is the real Anakena"... 'Come aboard' les expresé. Luego de amarrar su bote y subir al cockpit estas personas nos dicen que en su astillero en Holanda habían construido el 'Anakena', un ketch de 131 pies para un millonario chileno llamado Agustín Edwards y el "brochure" lo tenían en la mano.

Era el señor Wolter Huisman, dueño del astillero y su yerno: El folleto de varias páginas preciosamente preparado con la presentación de la joya de dos

mástiles era nada menos ¡101 pies más de eslora que el 30 pies nuestro! No menos de una hora departimos con estos constructores holandeses que vacacionaban en velero charteado por 2 semanas. Nos contaron detalles de la negociación y luego a mi pregunta de cuánto costó ese Anakena, sugiriendo unos 10 millones de US\$ respondió: más. En muy entretenida conversación me ofreció muelle gratis si aparecía por su astillero y una invitación a almorzar. Palo grueso el señor.

Al cabo de 6 años pensamos que ya teníamos suficiente cuota de Caribe y emprendimos el regreso a Fort Lauderdale. A la altura de las Islas Vírgenes, en Virgen Gorda, nos esperaba Jorge Salazar, hermanastro de Sonia con su pareja, que viven en Estados Unidos para acompañarnos hasta Puerto Rico, en una entretenida y relajada navegación. Ya en Fort Lauderdale hicimos todos los preparativos para embarcar el 'Anakena' en un buque de la CSAV para traerlo a Chile y seguir navegándolo en las aguas australes de Chile. Un día de junio de 1999 arribaba a Valparaíso y una semana después a Puerto Montt donde lo amarramos al muelle en el Club Náutico de Reloncaví.

Felices en Chile, otro clima, otras aguas, sobre todo la marea muy diferente con variaciones de hasta de 7 metros versus 15cm en el Caribe. También más frío y menos veleros se divisan navegando. Pocos haciendo 'cruising' como lo aprendimos por allá.

A menudo se recuerda el nombre del velero y no el de sus tripulantes. 'Hawk' un 49 pies que 2 veces dio la vuelta al mundo y que departió largos meses con nosotros en Puerto Montt decía que el 'Anakena' era el único velero chileno que lo hacía: vivir a bordo, navegar distancias largas, de bahía en bahía, con tiempo indefinido aprovechando las mejores condiciones del mar.

En las primaveras nuestras navegaciones habituales fueron desde Puerto Montt hasta la Isla de Chiloé y la costa continental de enfrente. En los veranos rumboábamos más al sur hasta Puyuhuapi. En tres ocasiones fuimos más al sur hasta Laguna San Rafael (una con el 30 pies y dos con el 35'), casi mil millas ida y vuelta, unos 25 fondeaderos.

Conocí un Chile nuevo, el Chile virgen de la Patagonia, de los apetecidos canales prístinos al Sur de Chiloé, hasta la cuadra del Golfo de Penas (Laguna San Rafael).

Basado en Puerto Montt viví a bordo hasta 8 meses algunos años. Era mi

casita, nunca faltaba entretenimiento, mucha lectura y trabajos de mantenimiento en la embarcación, un hobby. Con mi partner (como le llaman los gringos, o 2° comandante, los marinos en Chile) planeábamos las rutas hacia los destinos más deseados, siempre buscando fondeaderos nuevos y seguros, los hay por docenas. Nos fuimos haciendo amigos en el ambiente náutico desde Puerto Montt, pasando por la Isla Grande de Chiloé, Chiloé Continental hasta Seno Aysén.

Puyuhuapi

Aparte de Puerto Montt donde llegábamos a nuestro muelle en la Marina del Sur, Quinched en Chiloé y Puyuhuapi al Sur del Golfo Corcovado, fueron nuestros refugios más socorridos donde pasábamos tiempo indefinidos por lo particularmente acogedores.

Puyuhuapi fue un lugar mágico donde amarrábamos a los muelles de la marina situada en el lado norte del puerto en el fondo del saco del seno Ventisquero. La belleza y tranquilidad de ese lugar casi no tiene rival. El pueblo muy amistoso nació de la colonización de 4 amigos alemanes de la región de Bohemia. Fueron trayendo 'ladrillo a ladrillo' todo lo necesario para levantar una colonia encantadora que hoy es una joya y ejemplo de lo que puede el emprendimiento humano donde antes en 1935 nada había.



"Anakena II" navegando en Seno Ventisquero, Aysén.

Pero Puyuhuapi también tiene el atractivo de sus aguas termales: a 5 millas del Puerto están las instalaciones del Hotel Spa de los Kossmann, en una bahía abrigada donde amarra el Anakena a boya y árboles. Un lugar para soñar, donde se escucha el silencio,

con piscinas termales al aire libre y pozón natural para retozarse. Con un par de

senderos para trekking y la posibilidad de cafés, aperitivos y comidas uno no querría irse nunca del lugar, el 'Anakena' a la vista, cuestión de tomar el inflable y llegar a 'casa'.

Nos enamoramos de Puyuhuapi. Cuando salíamos a navegar de Puerto Montt estábamos siempre pensando que este era el otro lugar donde llegar y aunque lejos, si el tiempo y las condiciones del mar lo permitían, para allá poníamos rumbo. La cruzada del temible Golfo Corcovado era siempre un pequeño desafío que aprendimos a sobrellevar.



Mi papá con Otto Uebel.

Sin embargo, Puyuhuapi tiene para mí un valor adicional. Mi papá hizo trabajos hidrográficos en 1935 precisamente para habilitar el puerto para que los primeros colonos pudieran sacar sus productos. Esto lo sabía porque en la carta



Escampavía Galvarino.

marina figura el paso 'Galvarino', angostura que permite el acceso marítimo al puerto. Por estos días, en enero 2016, Jorge Chubrétoovich, un velerista amigo, me mandó un correo con la carátula del libro 'Puyuhuapi, 'Curanto y Kuchen' de

Luisa Ludwig, hija de los primeros colonos. En él se cuenta la historia desde los inicios de la colonización. Lo emocionante es que aparece mi papá en tenida de marino, de trabajo, con botas, largavista al cuello junto a Otto Uebel, uno de los 4 fundadores. También hay una fotografía del escampavía 'Galvarino' y su bote con personal para el trabajo de sondear el estrecho paso, al que hasta entonces no podían navegar para el necesario abastecimiento y embarque de productos del lugar. Luisa a quien conocimos alguna vez en el pueblo estaba alegremente sorprendida de saber que yo era hijo de este 'famoso capitán amigo de los puyuhuapiños...' según me escribió cuando supo de mí.

Sí, mi viejo hizo trabajos de levantamientos hidrográficos en la zona en 1935, yo tenía 2 años entonces. Con el mismo escampavía 'Galvarino' realizó en 1936 la hazaña de reflotar un buque yugoslavo de 12000 toneladas encallado en el Canal Sarmiento. Un resumen de esta hazaña relato en un artículo de la Revista de Marina en 2004 (ver Apéndice), basado en la memoria que mi papá nos dejó. Los marinos que han leído mi narración celebran mucho la gesta. Hace poco Exequiel Lira, un oficial reservista, me contaba entusiasmadísimo que había presentado el caso del reflotamiento en un curso a bordo del 'Aquiles' mientras navegaban en crucero de instrucción para unos 120 compañeros en noviembre de 2015. Me había pedido la memoria para saber más detalles del salvamento luego que leyera mi relato.

Con mi hermano Joaquín, Macarena y Carla navegamos hace 2 años el paso Galvarino en una breve salida que hicimos, lástima que con mal tiempo. Fue vital para esos colonizadores que mi papá, con el 'Galvarino' y su gente abriera el puerto con sus estudios hidrográficos. Puyuhuapi no tenía en ese entonces otro acceso sino el marítimo para que pudieran entrar buques para su abastecimiento y sacar sus productos que poco a poco fueron elaborando y comercializando, principalmente madera y animales. En 1935 comenzaron a construir rucas a pura hacha y fuerza bruta donde había solo bosque, pesca y naturaleza virgen.

Recorriendo las cartas de navegación de la ruta de Chiloé al Sur aparecen dos hitos que recuerdan el nombre y la gesta de mi padre. El Derrotero de la Armada nombra la expedición del Teniente Arturo Fernandois Sánchez en el Canal Puyuhuapi y en la carta #8621 a 5 millas al sur de Puerto Aguirre frente al Seno Aysén aparece una isla con su nombre: 'Isla Fernandois'.

Siempre ha sido entretenido meterme en la geografía de Chile y por supuesto más cuando navego. Cuál sería mi sorpresa al encontrarme con esta Isla

de poco más de una milla de largo por 1/3 de ancho entre muchas otras de los Chonos. En la primera oportunidad que tuvimos fuimos a verla, fondeamos al frente, bajamos el dinghi y 'tomamos posesión'. Una emoción más que nos dio la zona. Mi padre no supo del bautizo de la isla con su nombre porque la Carta de Navegación apareció años más tarde.

Desde hace aproximadamente 30 años la Carretera Austral pasa por el Puerto de Puyuhuapi, y el turismo ha aumentado notablemente. El pueblo sin embargo no ha perdido su carácter amable, particularmente pintoresco, refugio de los muchos ciclistas y excursionistas que pasan recorriendo la Patagonia chilena, kuchen y curanto como dice Luisa Ludwig incluidos. Ella escribe sobre la historia de Puyuhuapi basado en relatos orales de los esforzados inmigrantes alemanes y chilenos venidos de más al norte, especialmente de Chiloé que le dieron nacimiento y forma a esta joya patagónica que es Puyuhuapi (lugar de puyes-chupones).

Chiloé

Chiloé tiene también una magia especial, llegó a ser nuestro lugar cercano más socorrido cuando salíamos a navegar desde Puerto Montt. Darwin arribó en la fragata 'Beagle' en 1834 al puerto de Castro, en esos días algo más que una caleta, en su plaza había una construcción importante, era la Iglesia actual. En toda la población existía solamente un reloj, cuenta Darwin en un relato de su pasada por Chiloé en su viaje alrededor del mundo. En un bote ballenero dieron toda la vuelta a la Isla Grande con diez hombres a bordo, algo que formaba parte de sus minuciosas exploraciones.

Hoy Castro junto a Ancud son las ciudades importantes de una Gran Isla que ha atraído a mucha gente por su pesca, madera y turismo. En nuestras primeras exploraciones por la Isla con el 'Anakena I' recalábamos en el Estero Castro frente al Puerto. No había muelle para abastecerse de agua o combustible, debíamos utilizar un desembarcadero pequeño de la Armada. Esto fue en 1999, pero ya en 2003 otro esforzado colonizador, William Bannister (Billy) construyó una marina para yates en una pequeña y abrigada bahía: Quinched. Por tierra se ubica a unos 20km al sur de Castro. Llegamos a ser 'habitúes' de la Marina. Billy y su señora Valeska nos acogían con cariño. Siendo la Marina y su casa un refugio imperdible en nuestras velereadas.

En el verano de 2009 Sonia había terminado su terapia completa contra el cáncer al pulmón, enfermedad que padecía desde el año anterior. Zarpamos de

Quinched, Sonia con su pañuelo en la cabeza, pretendíamos llegar a Puyuhuapi, teníamos permiso del doctor, quien ahora, luego de los últimos exámenes nos había dado muchas esperanzas, algo que en un principio no fue así. Recalamos en estero Huidad como habitualmente hacíamos para cruzar el Corcovado temprano al día siguiente, una navegación de 50 millas hasta la hermosa bahía Tic Toc, a menudo con buena oportunidad para la vela. A poco más de 10 millas Sonia se sintió mal y pensamos que era mejor volver a Quinched. Allí nos refugiábamos atracados al muelle durante 20 días hasta que se sintió mejor y bastante preocupados solo pensamos en regresar a Santiago.

Su cáncer reapareció en otros lados y salvo mejorías temporales ya no pudo recuperarse más. Por muchos esfuerzos que hicimos, en mayo se agravó y terminó sus días el 28 de junio.

Valeska fue muy cariñosa conmigo, me mandaba mails para consolarme y darme ánimo, no quería que dejara de navegar, me decía que igual debía continuar haciéndolo a pesar de estar solo. Verdadera amiga de los navegantes siempre fue muy afectiva.

A mis 75 años tenía claro que no quería estar solo. Me atreví a pedirle el teléfono de su hermana Carla que había conocido ese verano en un asado. Guardaba buenos recuerdos. La invité a un café en Santiago, luego a otro y nos fuimos dando cuenta de lo mucho que teníamos en común y el deseo de caminar juntos por la vida fue algo que brotó espontáneamente. Ella estaba separada, con dos hijos casados, Stefan y Daniela, y Thomas, un hijo soltero que vive con ella. Carla se sorprendió al saber que yo era 15 años mayor, pero no fue, sin embargo, un inconveniente para el inicio de nuestra relación.

Tenía razón mi doctor de mi 'buena estrella'. Carla ha sido una compañera maravillosa en los 6 años y medio que han transcurrido. Hasta la entusiasme con la vela. ¿Qué más podías esperar Arturito?

En septiembre de 2009 la llevé a conocer por primera vez el 'Anakena II'. De una innata disposición para ordenar la casa, supo cómo ordenar el velero y de acuerdo con el capitán redistribuyó y simplificó mucho lo que había para hacer agradable la vida a bordo. Hicimos una salida corta, me di cuenta que no tenía problemas de mareo o susto del movimiento de la embarcación.

Durante esa primavera completó un curso de patrón de bahía quedando lista para navegaciones más agresivas. El 'Anakena II' es un velero muy seguro,

abrigado y con cabina sobre cubierta que permite observar el mar desde su interior sin tener que salir al cockpit; cuando el tiempo se pone frío y se descompone ahí se está más cómodo y abrigado.

Carla se sintió siempre segura a mi lado en todas las salidas que hicimos, en algunas algo preocupada cuando la mar se ponía más brava, pero siempre serena. La primera vez que cruzamos el Golfo Corcovado llovía a chuzos y las olas barrían la cubierta, ella a mi lado sin asomo de mareo, creía que sería el último de sus días... eso fueron interminables 5 ó 6 horas que aguantó sin chistar, aferrada a mi mano, preocupada cada vez que tenía que levantarme para maniobrar.

Navegamos desde el 2009 hasta el 2015 pasando repetidas veces por Puyuhuapi e Islas Chonos, Quinched, TicToc, Isla Gala, tan pintoresca con sus pasarelas e isla Jéchica, la maravillosa marina refugio de Lucho Chadwick, un lujo en las lejanas islas Chonos, con hot tub y un mozo esperándonos con un pisco sour y rica comida en un ambiente tan acogedor.



Trekking en Isla Jechica, Febrero 2010.

En nuestras salidas al sur de Puerto Montt no nos perdíamos la pasada por las preciosas termas de Llancahué y Porcelana con fondeos en el Seno Quintupeo donde las montañas vírgenes se elevan y estrechan y dejan ver el blanquear de los ulmos.

Carla en general disponía de menos tiempo, prefería que no nos alejáramos mucho del mundo civilizado, algo que yo siempre quería concederle. Quinched, en la Isla Grande de Chiloé, fue siempre un lugar especial donde llegar y seguir planeando rutas cercanas y paseos por la Isla.

A fines de noviembre del año 2015 hicimos nuestra última navegación. Nos despedimos del Anakena en las Termas de Llancahué con una navegación bastante movida.

Mi 'chiche', el Anakena de mis amores, lo vendí en 2014 a Sergio Orrego, el hijo de Sonia que era copropietaria. Después de 22 años estaba bien retirarse a 'cuarteles de invierno' en la actividad marítima.

'A toda vela' no es tan así, porque a menos que uno haga regatas, la vida deportiva del que hace 'cruising' a vela está muy dependiente del tiempo que dispone para llegar a fondear. A veces el viento es por la proa, otras no hay viento. Si no es muy purista el navegante usa el motor auxiliar de su embarcación, lo combina con la vela o solamente motor para llegar a destino antes del ocaso. Pero sin duda la sensación de surcar las aguas sólo con velas es divina, pero ello sucede un 20% del tiempo en los canales del Sur. En el Caribe, por la regularidad del viento, 50% por lo menos.

¿Por qué en inglés el buque o embarcación es femenino? Transcribo una poesía que encontré colgada en la pared de un bar en 1996 en Saba Rock, White Sound, Virgen Gorda mientras disfrutábamos un 'Sundowner',

Why a ship is called "she"?

*A ship is called "she" because there is always a great
deal of 'bustle' about her:*

There is usually a gang of 'men' about;

*She has a 'waist' and 'stays' in 'shape' for a long time;
It takes a lot of paint to keep her good-looking and
it is not the initial expense that breaks you, it is the
'upkeep';*

*It takes an experienced man to handle her correctly
and, without a man at the helm, she is absolutely un-
controllable.*

She can be all 'deckout'

*She shows her 'topsides', hides her 'bottom', and
when coming to port, always heads for the 'buoys'*

El autor, un chauvinista, cantó en forma muy simpática lo que significa tener un velero.

A los 82 años ya era hora de desembarcarse...por eso cuando Sergio Orrego se acercó a pedirme su parte y la de sus hermanas que le correspondía por herencia del 'Anakena II', no lo pensé mucho. Le vendí la mía. Con más de 20.000 millas navegadas había cumplido con creces el propósito deportivo al jubilar, al menos en lo que se refiere al mar.

Finalmente sobre mi vida de marino tendría que contar, que en las largas horas mirando el rumbo del velero y el mar que surcaba, pensaba sobre mis ancestros marinos: mi papá como capitán de corbeta y mi abuelo Ismael Huerta como contralmirante. Reflexioné muchas veces sobre todo lo que ellos hicieron en el mar, que no fue poco. Me enorgullece decirlo ahora y haber emulado algo de lo hecho por ellos con la vida de vela que hice por 22 años. ¡Cuánto se habría alegrado mi papá de mis navegaciones! También mi mamá, hija de marino!



Capítulo 15

Montaña, Tenis, Maratones

Montaña

Mi nieto Pedro de 21 años, estudiante de derecho en la PUC, me envió el reciente 5 de abril, del 2016 una foto suya en la cumbre del cerro El Plomo, un 5300m. Me pongo a pensar en la estupenda saga que han dejado mis cumbres.

Siendo colegial, aprendí que me gustaba mucho subir los cerros de la cordillera de la costa cercana a Viña del Mar, cuando el Padre Edmundo Stockins nos llevaba a las Vizcachas o al Caqui, cerros en la vecindad de Limache, Calera

Desde entonces, en 1948 hasta 1993 con la cumbre del volcán Osorno, los cerros han sido una pasión a la que he llevado a mis amigos e hijos y ahora me

sigue los pasos un nieto! Para sentirse orgulloso.

La montaña en Chile está 'allí mismo', nunca muy lejos siempre atractiva. La Campana (1900m) en Olmué, 5ª región, la subí 20 veces, la última en la semana que cumplía los 60 años en Sept. de 1993 escalando con un instructor canadiense en un curso de montaña que culminaba allí.

Ya he contado de la ascensión al Cerro Plomo con Andrés y de la expedición al monte Aconcagua en 1985, también con Andrés y la cumbre del Volcán Villarica con Pablo en 1989. Mencione que de Los Dominicos salía a menudo con mis hijos para subir el Cerro Provincia.

Con la Rama de Montaña del Stadio organizamos en 1990 un rally al cerro Provincia que fue tan exitoso, que fuimos 80 los que hicimos cumbre. Y antes,



Sonia haciendo cumbre en Cerro San Ramón, para acampar y ser jueces en llegada de rally, Junio 1988

en junio de 1988, para otro rally organizado por el CAI (Club Alpino Italiano) como celebración del día de Italia, fuimos con Sonia jueces de llegada en la cumbre del San Ramón (3.200m). Acampamos en la cumbre y cerca del mediodía empezaron a llegar los primeros. Era un rally pesado, por ser largo, frío y en el que además los últimos regresaban de noche. Tengo una foto de esa cumbre con Dagoberto Delgado, quien fuera un gran escalador. Él falleció en el Mont Blanc por hipotermia en 1997.

En octubre de 1989 participé en la 1ª expedición chilena al monte Vinson en la Antártida. Junto con la ascensión del 'Aconcagua' fue lo más exigente y riesgoso que hice alguna vez en montaña, por la soledad en que nos encontrábamos. Con 56 años participé en esta expedición junto a otros 4 montañistas liderados por Mauricio Purto y auspiciados por el CAI. El monte Vinson (4897m) está en la Cordillera Ellsworth en la cercanía del paralelo 80. Esta expedición formaba parte de 'La ruta lógica' del programa de varios ocho mil que se subirían antes de intentar el Monte Everest, su última etapa.

La FACH nos llevó de Punta Arenas en un avión Hércules hasta su base Teni-

ente Marsh. De allí luego de esperar por casi 4 semanas buen tiempo, volamos más al sur a una base intermedia en 3 aviones 'Twin Otter' y luego 2 de ellos nos acercaron aún más al sur a las inmediaciones del monte Vinson. El avión en que yo iba se accidentó al aterrizar por la cantidad de 'bumps' del terreno que difícilmente se distinguen desde el aire. El tren de aterrizaje quedó inutilizado para volar.

Esto implicó muchos ajustes, uno importante fue que nos requisaron la radio que estaba a mi cargo, porque la necesitaban para organizar el rescate del 'Twin Otter' siniestrado. El programa para subir el monte tuvo que ser reducido de 10 a 7 días tornándose más exigente nuestra ascensión.

Hicimos 2 campamentos durante la ascensión, uno a 3000 metros y el otro a 4000m. La altura del hielo en la base del cerro es cercana a los 2000 metros. Luego de una aproximación en esquís de 3 horas, empecé la ascensión al campamento 1. Esta fue la parte más dura porque nos tomó 13 horas de subida en hielo/nieve. Había buen tiempo, el sol alumbrando ligeramente por encima del horizonte las 24 horas, con temperaturas entre 10 y 20 grados bajo cero, mi oreja izquierda con principio de congelación. En el campamento 2 hicimos ladrillos de hielo que protegieran las carpas de un posible ventarrón (que no vino), trabajo agotador.

Después de meditarlo, decidí que no iría al asalto final a la cumbre, para cuidar mi físico bastante agotado y pensando en guardar energía para el desafío de la bajada en hielo, donde las piernas no pueden fallar, porque un resbalón significa el fin si el piolé no agarra de inmediato en una caída.

Quedé solo en el campamento por unas 12 horas, tiempo que demoraron mis compañeros en subir a la cumbre y regresar. El descenso al campamento base fue sin novedad.

Al séptimo día regresó el 'Twin Otter' para buscarnos y comenzar el largo viaje de regreso a Punta Arenas y Santiago.

La filmación que hizo Italo Valle de la expedición la transmitió TVN. Tengo copia del video.

En nuestra pasada por Punta Arenas tuve la gratísima oportunidad de encontrar al famosísimo Reinhold Messner que junto a Oswald Oelz iban a la Antártida para iniciar una caminata hasta el Polo Sur. Messner fue el primer hombre que hizo cima en las 14 montañas de más de 8000 metros en el mun-

do, todas en los Himalayas. Ascendió el Everest dos veces, la segunda en solitario y sin oxígeno también por primera vez. Conocimos a Messner cuando pasó por Santiago en 1985 y nos contactó por el CAI; esa vez venía de regreso de subir el Vinson e iba para el monte Aconcagua y, le ofrecimos cruzarlo al otro lado de los Andes, a Punta de Vacas. Lo llevó Pablo, mi hijo en mi auto, porque, lo lamenté mucho, amanecí con gripe. Nos hizo un reconocimiento a su regreso a Santiago regalándonos sus esquís randonee, con sus pieles, que usaron en la Antártica.



1ª expedición chilena al monte Vinson en la Antártida, 1989.

Otro escalador famoso que conocimos fue Walter Bonatti, 14 años mayor que Reinhold, quien se ha referido de Walter como 'mi hermano en el alma'. El grupo italiano de montañistas del Stadio organizó un épico asado en casa de Carla Bonati donde compartimos riquísimas experiencias de montaña con Walter, quien en 1965 hizo la hazaña de subir en invierno por la vía directa la cara norte del Cervino, 5 días y 4 vivacs. Bonatti estaba casado con la no menos famosa artista de cine Rossana Podestá (Helena de Troya), a la que pudimos conocer en una segunda visita de Walter al Stadio, quien venía acompañándolo. Por supuesto, 30 años después su deslumbrante belleza no era la misma, pero siempre atractiva.

En agosto de 1992 mi gran amigo francés Didier Pelat, organizó con otros

4 astrónomos parisinos un trekking en Alaska al cual me invitó a participar. Anduvimos por 18 días en el Parque Katmai, cerca de las Islas Aleucianas, a un par de horas en avión de Anchorage.

En ese parque había habido una gran explosión de un volcán a principios del siglo XX que convirtió en arenal y troncos el bosque nativo en una inmensa extensión a su alrededor. Esto permite recorrerlo como un semi-desierto 80 años después entre troncos caídos y fauna nativa, principalmente osos grises que pululan en la cercanía de la zona boscosa y lagos, lugar famoso por la pesca de salmones. Andábamos premunidos de un spray (la bombe, le decían los franceses, pesaba 500gr) que turnábamos, para defendernos de un eventual ataque de osos, además de una campanita colgada de la mochila para no pillarlos desprevenidos ya que normalmente no se acercan a los humanos.

Para alimentarnos llevábamos comida disecada, las mochilas cargadas con lo justísimo, a pesar de ello, pesaban entre 22kg la mía y 27kg la que más. Conté los gramos para lograr ese peso para envidia de los franceses. Excepto Didier, los otros excursionistas tuvieron problemas en los pies por lo pesado del equipo. Presté mis chalas a uno que resultó con sus pies lleno de ampollas. Mis compañeros llevaban mucha comida y para alivianarse me convidaron, de lo cual me beneficié, porque en verdad un trekking de 18 días es muy demandante en calorías: se pasa hambre. En los días finales comimos callampas. Al llegar nos premiamos a lo reyes en el restorán del lodge donde esperamos el hidroavión que nos llevó de regreso a Anchorage.

Anécdota simpática fue que después de los 18 días, los franceses no sintieron la necesidad de ducharse cuando llegamos al lodge, en cambio yo fui lo primero que hice, porque obviamente lo echaba de menos luego de tantos días. ¡Fue un magno trekking!

Después de subir el Volcán Osorno en enero y la Campana en septiembre de 1993 dejé la montaña cuando me inicié en la vela, comencé a navegar en mayo de 1994. Mi último cerro, sin embargo, fue el 1º de mayo de 2009, a los 75 años, cuando hicimos cumbre en el Manquehue con mi hija Ani y sus 4 hijas: Anastasia, Amelia, Natalia y Ana de sólo 7 años. Ellas que siempre han estado muy cerca mío, me pidieron que las acompañara. Empezamos a subir poco a poco, se fueron entusiasmando, nos dábamos fuerza y alentándonos (íbamos repitiendo: ¿no es esto felicidad?) logramos la cumbre en dos horas, en un día excepcionalmente despejado.



Cumbre en el Manquehue con mi hija Ani y sus 4 hijas

Tenis

Mi mamá me fomentó este deporte, porque ella lo jugaba. Cuando vivíamos en Balmaceda, Recreo, en Viña del Mar, desenterró su vieja raqueta Wilson de madera, la que recuerdo bien pesada y a la que le faltaba un pedazo en la punta del mango.

Con ella me inicié en un frontón del Club Español al que se llegaba luego de subir la larga calle Carrera. Como colegial recibí las primeras instrucciones de buena voluntad de los profesores de allí. Fue poco lo que aprendí de tenis entonces. Sin embargo, me quedó el gusto. Siendo ya adulto y aún soltero, mientras trabajaba en Valparaíso me hice socio del Club Inglés en el Sporting Club en Viña del Mar, donde tomé unas pocas clases durante un tiempo.

Después en Santiago tuve la oportunidad de asociarme junto a mis hijos en las canchas de Salo Melnick en los Dominicos. Al igual que con el esquí, fui entusiasmado por mis hijos, ha sido bonito compartir este deporte con ellos, incluso hasta hoy de vez en cuando Arturo me invita a jugar.

Salo, un gran entusiasta, me ayudó con la idea de construirme una cancha en la parcela, a pesar que ya no iría entonces a sus canchas. La hicimos de maicillo. Le puse huinchas de metal, a falta de las sintéticas y que pronto se oxi-

daron. En mi primer viaje que hice por IBM a EE.UU. compré el juego completo para instalar flejes de última generación.

En 1978 una cancha de tenis con flejes era toda una novedad en Chile. Tenerla en la casa era un lujo asiático del que mucho disfrutamos. De noviembre hasta marzo podía jugar de regreso de la oficina.

Los fines de semana a eso de las 10 de la mañana con las compras del supermercado listas, ya estaba preparando la cancha para recibir algún partner. A eso de mediodía empezaban mis hijos a llegar a la cancha para jugar entre ellos o con sus amigos. Verlos me producía un placer muy grande.

Ya jubilado y sin Huallelemu, me hice socio de la Rama de Tenis del Stadio donde juego hasta el día de hoy 3 veces en la semana un doble mixto y dos singles. Ximena Salas ha sido por más de 15 años mi inestimable partner en singles. Carolina Eitner por más de 5 años en dobles mixtos, con Renzo Raineri y Graciela Miranda como contraparte. Jugamos todas las semanas.

Debo recordar a Enrique Valle quien fuera partner por 10 años. Con Enrique nos acomodamos a jugar bien temprano cada martes. Cuando lo dejaba por mis ausencias para navegar, a veces hasta por 6 meses, siempre estaba listo para retomar conmigo. Falleció en un accidente en 2004. Fue terrible tener que aceptar la realidad de no contar con él, amigo que además navegó por 14 días en los canales del sur en el 'Anakena II' ese mismo año, un antiguo deseo que finalmente cumplió al conseguir permiso de Vilma, su señora. En mi bitácora anoté una pequeña poesía:

*'Fuiste entrañable amigo
'Bueno, confiable, fuerte, cariñoso
'Demostrado en tantas jornadas compartidas
'Ahora sin ti, con insondable pena
'Tu presencia seguirá mis pasos por la vida
'Que siento más dura por tu partida*

Desde hace ya varios años juego con Juan Menichetti. En la cancha a las 7:45 cada jueves entrenamos todos los golpes y luego jugamos el punto hasta completar 45 minutos.

Entonces a mis 80's, aún puedo seguir jugando y lo disfruto mucho. Es otra

oportunidad para mantenerme vigente y sociabilizar, pues generalmente terminamos con un café bien conversado.

Maratones

A los cuarenta años empecé a tomar conciencia de que debía realizar ejercicio en forma más regular. A principio de los años 70 empezó a estar en boga hacer ejercicio aeróbico por publicaciones en inglés. Me entusiasmé con el trote, inicialmente bastante corto (2 a 3 kilómetros diarios) y gradualmente fui haciéndolo muy regularmente. Al llegar en la tarde de la oficina, aprovechaba la tranquilidad del barrio Los Dominicos de entonces, para ejercitar. Anotaba el tiempo diariamente. El trote no lo dejé más, fue algo así como un sedante para



"En la meta de la Maratón de Nueva York", 2 noviembre 1997

mis preocupaciones de todo tipo. Me hizo muy bien. Alguna vez participé en una corrida de 7 Km. en Las Condes entre 3000 participantes, llegué 427; sin embargo la competencia en este deporte no me interesaba.

Años más tarde, a fines de 1996 sin embargo, una amiga tenista del Stadio, Olga Soto me logró interesar para que me integrara a un grupo del Stadio para correr una maratón, nada menos que la de Nueva York. El desafío era gigante. Comenzamos en enero de 1997, manual en mano, a entrenar y seguimos un programa gradual que culminó con la corrida en las calles de la Gran Manzana el 2 de noviembre y la llegada a la meta en 4h 59m 26s. Fue

maravilloso, fuimos 5 del Stadio, yo el único varón. De casi 30.000 participan-

tes llegué 23.725 justo en la mitad del cuartil 60-70 años.

Partimos unos 12 entrenando con una corrida larga a la semana. Luego tuvimos la suerte de contar con amigos que nos ofrecieron las bellas calles del Condominio Las Brisas para los entrenamientos largos del fin de semana. Allí a nivel del mar, pista de asfalto y temperatura moderada, cumplimos metódicamente el programa propuesto hasta el final, los que persistimos. Cruzar la meta en el Central Park de Nueva York a la altura de la calle 69 ese día, será para los que fuimos algo absolutamente inolvidable, yo con 64 años. Fue una fiesta. Nos premiamos con un paseo por Florida, sus cayos (Key West) antes de regresar a Chile.

Con este éxito, me entusiasmé y seguí entrenando. En 1998 corrí la vuelta de la Laguna Aculeo, unos 25 Km. cross, en 3 oportunidades, en agosto, septiembre y octubre, con tiempos variables, pero haciendo alrededor de las 3 horas. Más allá de estas competencias no seguí interesándome en el trote porque preferí dedicarme más al tenis.



Capítulo 16

Evolución al agnosticismo

De mi padre saqué inquietudes de progreso, pasión y sueños por nuevas aventuras; de mi madre ser ordenado, el amor por el deporte y la inquietud religiosa, ser creyente. La fe de mi madre era enorme. Hago un pequeño paréntesis para contar dos hechos que recuerdo y que hablan de su ciega fe.

El primero: en 1952 se enfermó gravemente de cáncer, le trajeron agua bendita de Lourdes, Francia, ella se encomendó al papa Pío X y milagrosamente sanó de su terrible cáncer.

El otro: para Navidad de 1972 compró un vigésimo de la Lotería y lo colocó debajo de una figura de la Virgen de Lourdes que tenía frente a su cama. Tres semanas después se acordó del hecho y para su gran sorpresa se había ganado el "gordo". Tenía un vigésimo, y contaba ella que no atinaba a verificar su

número en la lista por lo nerviosa que se puso al ver lo tan cerca que estaba del número premiado. Tuvieron que ayudarlo y la mandaron a cobrarlo a la oficina principal en Valparaíso. A todos sus nietos les regaló algo. Con la plata que ganó, se fueron con mi papá a pasear por Europa, el gran sueño de ambos. Viajaron un mes, aprovecharon de visitar a la Polín que estaba en Londres y a Joaquín que estudiaba un posgrado en Alemania. ¡Todo esto lo pudieron realizar gracias al vigésimo de la Lotería encontrado bajo la Virgen de Lourdes!

Fui educado en el cristianismo en el Colegio de los Padres Franceses, SS.CC. de Viña del Mar. Por naturaleza desde temprana edad fui muy religioso, inquieto por todo lo relacionado con la religión, innato en mí fue creer 'a pie juntillas' todo lo que del cristianismo se me enseñaba. Con amor y fe iba a misa, participando más que el promedio de mis compañeros. No teniendo buenas notas en la mayoría de los ramos, en el de religión destacaba porque sentía la responsabilidad que la fe me exigía.

Más tarde en la universidad, pertenecí a la Acción Católica, teníamos acción en los cerros de Valparaíso, además de las típicas reuniones apostólicas y de adoctrinamiento.

Cuando estudiaba vespertino, por recomendaciones de sacerdotes de mi ex colegio, se acercaron a mí para integrarme a un movimiento antagónico con la masonería: los Caballeros de Colón. Fui a un par de asambleas, pero no me gustó tener que participar de tanto rito, no iba conmigo. Participaban connotados del ambiente laboral de Valparaíso, entre ellos el tío Pepe Infante, primo de mi mamá.

Al término de mis estudios, asistí a un importante retiro espiritual en el Convento de los SS.CC. en los Perales, como parte del adiós al Colegio. También participé en 2 retiros espirituales de fines de año en la UCV, los que recuerdo como impactantes por la profundidad con que impartían la doctrina. Como profesional, y ya casado, me invitaron a 2 retiros adicionales con igual propósito: reforzar la doctrina y motivar la vivencia cristiana.

Todo lo anterior, para mostrar que mi base cristiana era bastante sólida y que se traducía en mi proyección laboral y familiar con claridad. Eso pensaba y lo trataba de vivir. Mis hijos fueron a colegios católicos y yo trataba de dar ejemplo participando como padre en lo que podía.

Como matrimonio participamos activamente en el Movimiento Familiar

Cristiano durante 10 años. En los Dominicos fui asiduo del Monasterio Benedictino, muy amigo del padre Pedro quien luego fuera Abad del Convento. Los sábados a las 4 de la tarde teníamos reuniones de reflexión. Mi amistad con Pedro fue grande, hicimos un par de excursiones juntos y a veces venía a jugar tenis a mi casa, decía que para desestresarse de las responsabilidades administrativas que el ser elegido Abad le había traído.

Esto sucedía alrededor de mis cincuenta años. Al cumplir 53 vino mi separación matrimonial y en el año que cumplí 55 dejé de trabajar en IBM lo cual fue un tremendo paso que di por hacer un cambio en mi vida. Estoy contento, pues veo que se cumplió mi objetivo y soy una persona feliz y agradecida de la vida.

Nunca imaginé que ese cambio, dejar mi trabajo, que estaba orientado a más vida deportiva y más lectura principalmente, iba a significar una paulatina pérdida de fe. Lo que gatilló ese cambio fue la lectura de las obras de Charles Darwin que me abrió otra visión y explicación de la vida. En paralelo, mi separación con Erika me obligaba a dejar mi participación en la iglesia y la alimentación de la fe consiguiente.

Aunque mi pareja, Sonia, no era creyente, ella no tuvo significativa influencia en este apartarme de la fe y de la iglesia.

La pasión con que leí a Darwin y otras lecturas científicas se debe a que siempre me gustó la biología, ese ramo fue junto con dibujo, mi ramo más fuerte en el colegio. Hoy a los 82 años he leído innumerables obras científicas relacionadas con el entendimiento de la vida; entre los científicos leídos Richard Dawkins es uno de mis favoritos.

Mi transición al agnosticismo se fue dando de forma gradual, sin ningún sufrimiento ni remordimiento, llegando a la convicción que Dios no existe y que las religiones son una ilusión del hombre que siempre trató de entender los misterios de la vida.

Mi amigo Enrique Valle, abogado, partner de tenis durante 10 años, teólogo por afición, y con quién mucho conversábamos de religión, me decía que yo en el fondo, sin ser creyente, era cristiano.



Carla en Anakena II, 2010.

Capítulo 17

Siempre más

Ahora que voy terminando de escribir esta reseña de mi vida, con sus hitos más significativos, repaso los temas y me doy cuenta que son muchos más los positivos que los negativos.

No se puede dar todo bien en la vida, no existe eso. A los momentos duros siguen momentos agradables, éstos que hacen olvidar las penas. Es valioso y hermoso mirar hacia atrás y ver que gracias al esfuerzo, las durezas de la vida se hacen nimias por los éxitos posteriores.

Así, después del desastre económico sobrevino la recuperación con un período largo en que pude ver como crecía mi hermosa familia de seis hijos, 22 nietos y nos llenábamos de buenas amistades. A la inmensa pena del fallecimiento de Catalina, mi nieta de 9 meses, hija de Arturo y Carola, vino la feliz llegada de su hija Clarita.

Cuando nuevamente sobrevinieron dificultades, aquellas que produjeron el quiebre de mi matrimonio, pude poco a poco rehacer mi vida. Separarme de mis hijos fue difícil de aceptar como también doloroso fue dejar Huallelemu y más aún tener que venderlo. Mi nueva vida tomó un rumbo que no imaginaba, que me ofreció caminos no buscados, pero hermosos de recorrer, los que tomé con decisión y disfruté sin par.

La vida quiso ponerme otra valla con la enfermedad de Sonia. Mi decidida actitud fue de lucha para lograr que se restableciera. Cuando ello no fue posible y sus días terminaron, mi incierto futuro de soledad vino a aclararse con el feliz encuentro de Carla, mujer extraordinaria que me acompaña hasta hoy.

A pesar de que no vivimos bajo el mismo techo, hacemos intensa vida de pareja y nos proyectamos juntos. Siempre alegre y de buen genio, con ella no se pasan penas y podemos disfrutar juntos los años de buena salud que vivimos. Además de todo lo que hicimos en navegación, disfrutamos enormemente lo que hemos podido conocer viajando.

Fuimos juntos a Washington y a Nueva York, haciendo recuerdos de tiempos lejanos, pero inolvidables de cuando viví allá. Un día tomamos el tren hacia Port Chester, a una hora de Nueva York y logramos ubicar la casa en que vivió mi familia en 1954 y que estaba tal cual como entonces; ciertamente fue emocionante revivirlo. Machu Picchu había sido por años para mí un lugar siempre deseado de excursionar, pero esquivo, hasta que con Carla lo visitamos hace 4 años. Existen pocos lugares tan mágicos en el mundo como Cuzco y Machu Picchu y poder disfrutarlos juntos unos días, fue un privilegio difícil de igualar.

Chile lo hemos recorrido de Iquique a Punta Arenas. Caminamos las imperdibles Torres del Paine y, recorrimos la carretera austral hasta caleta Tortel, con una navegación a laguna San Rafael dejándonos llevar en catamarán.

Algo muy especial con Carla ha sido el cariño y entrega que me ha dado su vasta y unida familia. Eso lo sentí desde el primer día. Por supuesto que el mérito es de ella por lo mucho que la quieren. Siento que me traspasan el cariño que le tienen. Me hacen sentir del grupo, se preocupan por mí. Existe mucha cercanía con sus nietos. Me encanta acompañarlos en las caminatas o juegos a los que a menudo me invitan cuando vamos a Santo Domingo donde tienen casa.

Mi afinidad con la cultura alemana debe estar en los genes porque es mucha la casualidad que Erika, Sonia y ahora Carla tengan ancestro alemán. Vine

a conocer Alemania en 2012 dejándome llevar por Carla en ese asombroso país en que la barrera del idioma se hacía pequeña con mi inglés y su alemán. Fuimos invitados a celebrar el cumpleaños de nuestro amigo Alfred von Reisz with con una fiesta que se celebró en el pequeño castillo donde nació, cerca de Dresden, y que les fue arrebatado por los rusos durante la Segunda Guerra Mundial.

En 2013 estuvimos en París por los días que cumplía 80 años. Didier y Catherine, amigos de largas jornadas, me celebraron el cumpleaños con una cena en un super restorán con torta, velas y todo. Ellos son exquisitamente cariñosos. En ese viaje estuvimos en Roma y coincidimos cuando Arturo V, mi nieto, estaba recién llegado para un intercambio de 5 meses en la Universidad de Roma en su Escuela de Arquitectura. Hicimos un simpático rendez-vous nocturno en la Plaza España, comimos pastas famosas y luego echamos monedas para la suerte en la Fontana di Trevi.

Con Carla coincidimos en el gusto por la música, en particular la clásica y la ópera. Estamos atentos a las oportunidades que se ofrecen, en vivo o en la pantalla, diría que casi con pasión. Su afinidad por las relaciones sociales es inmensa, y Arturito la sigue con gusto. Está siempre lista para ir al cine, teatro o cafés que mucho disfrutamos en nuestro caminar por las amistades y la familia.

Para hacer esta memoria necesité de un fuerte empujón. En eso también estuvo Carla detrás. Me insistió repetidamente en que me sentara a escribir, decía que tenía tantas historias que contar que era importante que las conocieran mis nietos, que supieran más del Tata... Finalmente lo logró, pensó que tardaría más en escribirlas pero, se ha sorprendido que en pocas semanas estaba casi lista.

¿El objetivo de estos recuerdos? Darla a conocer a mi descendencia, a familiares y amigos interesados.



Con algunos de mis 22 nietos en celebración de mis 79 años, 2012. De izquierda a derecha- Sarita, Anastasia, Natalia, Florencia, Ana, Clarita, Constanza, Pedro, Aníbal, Andresito.

Capítulo 18

Reflexiones y recuerdos finales

Reflexiono sobre mi vida pasada. Tanto vivido, tantas enseñanzas que me han dejado los años. Lo primero que pienso es en estar agradecido de mis padres y de la vida, porque sumando y restando, puedo decir que la he disfrutado.

Me regocia y enorgullece que mis seis hijos sean sanos en primer lugar y que cada uno en su especialidad se distinga profesionalmente: Cécili, profesora de piano; Arturo, abogado; Pablo, ingeniero en computación; Andrés, médico traumatólogo; Ani, licenciada en estética; Nicolás, profesor de educación física.

A toda la familia le enorgullece que Arturo fuera embajador 2 años en Estados Unidos (2010-12). La oportunidad de entrar a la Casa Blanca, saludar al Presidente Obama, ha sido un hito de fantasía, que sucedió en su presentación de credenciales el 27 de junio de 2010.



En Salón Oval, Casa Blanca, Washington, DC, con Presidente Obama en presentación de credenciales de embajador de Arturo, mi hijo, el 27 de junio 2010.

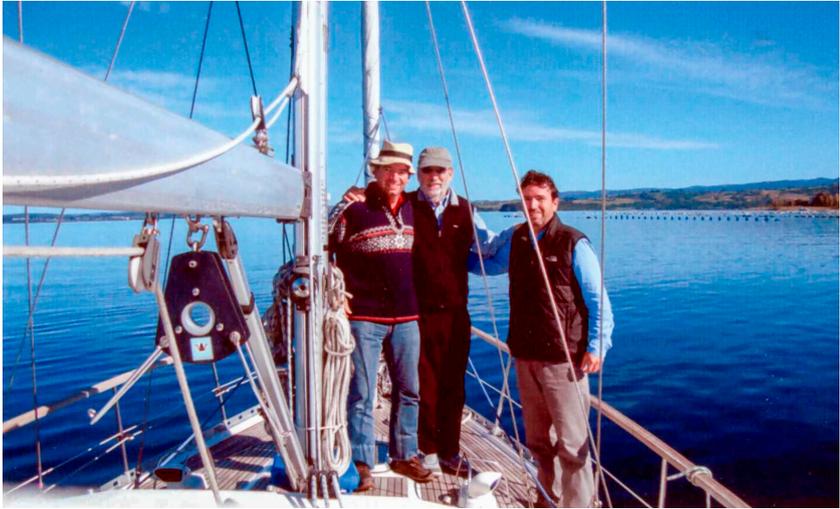
Mi descendencia es vasta y hermosa. Cuando me encuentro con mis nietos, hijos de mis hijos, me doy cuenta de la riqueza que hay en ellos: Las maravillosas hijas de la Ani, cariñosas conmigo, veo a un Juan de Dios tocar divino el piano, Andresito y Tomás la guitarra, Sofía pronta a casarse y ella con Anastasia distinguiéndose como abogadas bien plantadas en su trabajo, Arturito graduado de arquitecto, o la danza en patines de la Josefina y Julieta, Pedro en la cumbre del cerro El Plomo, el arte para dibujar de Clarita y Florencia.

Por estos nietos y por el resto, Agustín, Aníbal, Benjamín, Matías, Constanza, Sarita y Lucía, para completar los 22, cada uno con su exquisito sello, me doy cuenta de la tremenda poesía que es la vida.

No me olvido de cuando llegaba cansado de la oficina a la casa, la primera persona que siempre estaba allí para recibirme era la Ani, cuando volvía de subir cerros deseando un baño caliente, allí estaba la Ani para traerme una sopita caliente a la cama y taparme. Son recuerdos muy queridos.

Ya he contado de las jornadas que disfruté con cada uno de mis hijos en el deporte, en el tenis, en esquí, en la montaña, en las expediciones al norte y al sur de Chile. Me siento contento de haber podido iniciarlos en esos deportes y

haber compartido tan hermosos paseos con ellos.



En Anakena II, salida a navegar en abril 2013 con Arturo y Pablo.

Cuando ya cada uno tenía su casa y formada su familia, en la medida de lo que se podía, también disfrutamos algunas salidas a navegar juntos: Ani se animó a navegar en el Caribe conmigo y no hace mucho salí con Arturo y Pablo en una navegación a Chiloé. Andrés y Pablo con toda la familia también navegaron en Puerto Montt en el Anakena. El infaltable camping (Termas de Chillán, Buca Ruca, Vichuquén, Tongoy), con mis hijos y nietas, es un recuerdo que siempre aflora.

Suelo decir que cuesta llegar a viejo, porque muchos quedan en el camino. La vida es así. A unos les cuesta más que a otros. He tenido suerte (mi hermana Mani falleció en un accidente en agosto de 2011), estoy en los ochenta, me siento sano y aún deseo que sean muchos más para seguir viviendo las bellezas de la vida.

Por lo mismo valoro muchísimo la salud de la que gozo actualmente. Mi salud no ha estado exenta de escollos: he tenido serias patologías en el intestino, un ataque al corazón y otro al cerebro, un melanoma y un cáncer a la próstata. Con problemas a la vista que estoy lidiando, pero dentro de todo, me considero bastante sano. He superado todo gracias a mi preocupación por controlarme oportunamente y al avance de la medicina. Por eso digo que cuesta. Si algo he aprendido es que hay que estar alerta en el cuidado de la salud dedicándole

tiempo y dinero también.

Un recuerdo especial en mi vida merecen los amigos. En primer lugar aquellos de los tiempos de colegio. Los tuve muy entrañables, especialmente mi amigo de la infancia Mauricio Bezanilla, quien falleciera de un cáncer. También lo fue Carlos Gray en los últimos años de colegio. Con algunos de mis compañeros nos reunimos ocasionalmente, los que quedamos, para recordar los maravillosos años en Viña del Mar.

Mis amistades del deporte han sido muy caras para mí en los últimos 40 años. Mencioné a Hernán Seoane, Ana María, su señora, e hijos en nuestras agresivas navegaciones.

Con Olga Soto y Ximena Salas, amigas del corazón, he compartido jornadas fantásticas en el deporte. Los cafés bien conversados después del tenis en el Tavelli son imperdibles.

Poco, casi nada, leí durante mi época de colegio. Recuerdo mi primer libro 'El último grumete de la Baquedano'. No se nos exigía mucho. 'La luna era mi tierra', que mi mamá me lo criticó y no quería que lo leyera, supongo que por licencioso pero que leí con gusto. La historia de Chile me interesaba mucho y leí bastante de la Guerra del Pacífico. Cuando estuve en EE.UU. empecé a tomarle el gusto a libros en inglés que compraba mientras trabajé allá en mis tiempos de soltero. Recuerdo algunos como 'Rommel Papers', 'The voice of Asia', 'Royal Road to Romance' y algunos de desarrollo personal. Casado leí poquísimo, no había tiempo entre el trabajo y la casa. Me llevaba libros al velador y a los 10 minutos estaba durmiendo. Poco antes de jubilar empecé a leer más. Me interesaban los temas de psicología y de historia.

Cuando dejé de trabajar, empecé a dedicar sistemáticamente tiempo a la lectura de los clásicos, franceses y rusos especialmente, el 'Quijote' lo leí dos veces y todas las obras de Darwin. Las lecturas de navegación por supuesto que han ocupado un espacio importante en mi vida. Esas gestas fantásticas de los hombres de mar que en el pasado lo descubrieron todo a 'puro pulso'.

Aquellos libros de la literatura chilena que debí leer en el colegio, fueron uno a uno mi lectura obligada, los he tardíamente disfrutado mucho, Pérez Rosales, Blest Gana, Coloane, Manuel Rojas, entre mis preferidos.

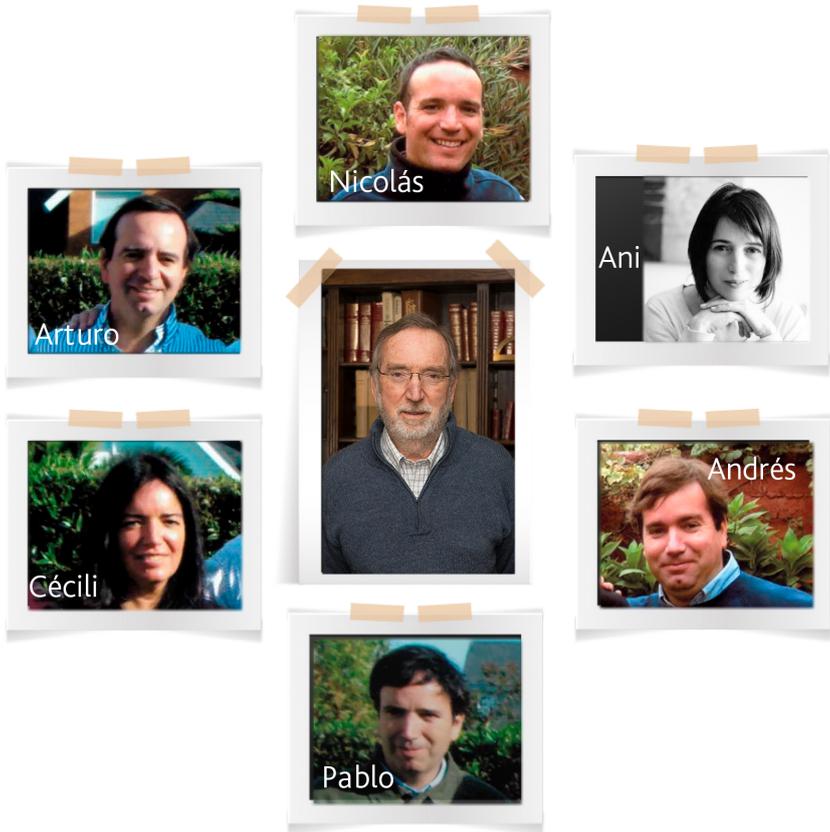
Bueno, entonces si al dejar de trabajar temprano me propuse leer más, intensificar el deporte y aprovechar la naturaleza, creo que lo he logrado.

Me habría gustado dedicarle más tiempo a la familia. Las condiciones no se dieron muy favorables para ello durante un considerable período de mi vida. Hice lo que pude.

La vida me enseñó cosas como el valor de la sinceridad y la flexibilidad para enfrentarla bien.

Endoso las palabras de Shakespeare cuando titula su obra: *All is well that ends well* (Bien está lo que bien acaba).

Asimismo que el tiempo pasa VOLANDO y luego no estaré...pero quedan USTEDES.



AGRADECIMIENTOS

¡Gracias! Muchas gracias a:

Ana María Fernandois que me revisó el texto buscándose el tiempo entre sus atareados días.

Carla Hepp que me ayudó a recordar episodios de mi vida que había pasado por alto y, también revisó mi texto.

Macarena Silva que me proporcionó la digitalización de las fotos.

APÉNDICE

Reflotamiento del "Gundulic"

A bordo, yate "Anakena II", 14 de Marzo de 2004

Sr. Director de la

Revista de Marina

Valparaíso

Asunto: Reflotamiento del "Gundulic"

Estimado Señor:

Por sugerencia del Capitán de Navío (r) don Fernando Le Dantec, me es grato enviarle una contribución para su Revista sobre un tema que puede merecerle su interés para ser publicada en ella: el reflotamiento por la Armada de Chile en 1936 de un buque extranjero abandonado en los Canales Patagónicos.

A continuación una reseña de la historia en mis palabras:

"Séame permitido manifestarle a Usía, mis agradecimientos por haberme dado esta bella oportunidad de adquirir tan valiosa experiencia, como es la que proporciona el asumir la responsabilidad de un reflotamiento y remolque de un vapor de 12.000 toneladas de desplazamiento, a través de trescientas cincuenta millas de canales"

Así termina el parte del comandante del escampavía "Galvarino" al Comandante en Jefe y Director General de la Armada al término de su exitosa misión: entregar en Punta Arenas el 19 de Abril de 1936 el vapor "Gundulic" de nacionalidad Yugoslava que 25 meses antes había encallado y luego sido abandonado en Puerto Bueno, Canal Sarmiento, XII región.

Mientras navego en mi velero de 11 metros, rememorando algo de lo que hizo mi padre como navegante por las regiones de los canales, y ahora capeo mal tiempo en el Estero Pailad, Isla Chiloé, releo su memoria sobre el reflotamiento del vapor "Gundulic" y me doy cuenta con orgullo, la tremenda hazaña que hicieron esos marinos en los años previos a la 2a. Guerra Mundial, en in-

hóspitos canales patagónicos, con limitadísimos recursos. Le encuentro razón a mi amigo Fernando Le Dantec que me dió esta tarea: Contar la historia de esta no tan pequeña epopeya de la Armada de Chile.

El "Gundulic" venía en lastre de Europa a cargar salitre. Su capitán decidió por su cuenta no tomar práctico en Punta Arenas para la navegación de los canales australes, cosa que arriesgaba incluso la suspensión del seguro. Al pasar por Puerto Bueno, Canal Sarmiento, intentó fondear en la bahía interior, pequeña e inapropiada para la eslora de un vapor de 12.000 toneladas, tocó fondo rocoso y varó. Inundada en sus bodegas la nave la dieron por perdida. Allí pasó casi 2 años hasta que en una de las misiones del escampavía "Galvarino" por orden del Comandante en Jefe del Apostadero Naval de Punta Arenas, Capitán de Navío Sr. Gastón Kulczewski G., se hizo un estudio de factibilidad de su reflotamiento (Nov. 1935). Cómo sería el interés que despertó en el alto mando la posibilidad de tener un buque transporte en esos difíciles años de crisis, que se dispuso los preparativos para su recuperación luego que se vio la posibilidad real de reflotarlo y adicarlo a la flota naval de transporte..

La misión del reflotamiento se le encomendó a dos escampavías: el "Galvarino" y "Cabrerales". El primero al mando del Teniente 1o. Arturo Femandois S., como jefe de la misión quién había efectuado el estudio de factibilidad, y el segundo al mando del Teniente 1o. Ernesto Schiefelbein. El 2 de Marzo de 1936 zarpó la expedición provista de bombas achicadoras, máquinas de soplar, buzos y vituallas de todo tipo. Suena simple, pero en esos años juntar todo el equipo, con los presupuestos restringidos, fue tarea de gigantes: Braun y Blanchard (empresa naviera) prestó bombas centrífugas traídas de Buenos Aires con técnico y todo (Mr. Pump, así lo bautizaron, inglés concienzudo que trabajó a parejas con la dotación de las escampavías), el crucero "Blanco" prestó anclas (a regañadientes, dice el parte), y se agenciaron toda clase de aparejos para un buque que había sido desmantelado en sus casi 2 años de abandono.

De las 9000 toneladas de agua que tenía de inundación el "Gundulic", se lograron bombear y/o expulsar 7000. Se trabajó día y noche. Los guardiamarinas Raúl von Bennewitz y Hugo Tirado convertidos en improvisados buzos medían las averías y constataban el avance del proceso de flotación. Se confeccionaron lámparas ad hoc para trabajar de noche debajo del agua. Hasta que el día 19 de Marzo en la alta marea se pudo obtener flotamiento excepto por 30 centímetros de la roca que entraba en el casco. En urgente reunión se estudió como resolver el escollo para que en la alta de la noche se pudiera zafar

el buque. A las 23h 17m el buque zafó y el Viva Chile y Viva la Marina fue un espontáneo y emocionado grito.

Si magna fue la tarea del reflotamiento, luego que flotó esa noche, gobernar un buque desmantelado, sin cabrestantes, fondearlo seguro y controlar el remolque, resultó insospechadamente difícil, venturoso y arriesgado. Por un pelo se pierde el "Gundulic" y "Galvarino" con sus dotaciones. Se tuvo, sin embargo, gran pericia y suerte casi milagrosa para salvar un temporal huracanado que se desencadenó al atardecer del 13 de Abril. El "Cabrales" se había ausentado temporalmente para abastecer el faro Evangelistas mientras se hacían los últimos preparativos en Otter para bombear al máximo los estanques antes de asomarse al temido Cabo Tamar. No fueron suficientes las dos anclas del escampavía y la del vapor para soportar la tempestad a pesar de la ayuda de la máquina. El "Galvarino" con toda su máquina empezó a ser arrastrado por el garreo del "Gundulic". Se luchó contra el temporal entre las 23.00 y las 03.00 momento en que el vapor arrastró al escampavía peligrosamente a las rocas en la Punta Dashgood. El Contramaestre gritó en medio del fortísimo viento y lluvia: "Una roca aquí a proa babor muy cerca, mi Comandante... caiga a estribor..." Con todas la revoluciones del buque, el timonel dice "el buque no gobierna..." Otra voz: "Tenemos una roca muy cerca a popa estribor, Comandante..." La situación se tornaba insostenible. Los navegantes saben la inmensa tensión de esos momentos en los cuales todos miran al capitán y éste tiene que tomar decisiones. La decisión fue terrible. Había que elegir entre perder el remolque o el remolque junto con el "Galvarino" con toda su dotación. El comandante ordena largar el remolque. Acto seguido el teniente Carlos

Costa transmite la orden y el guardiamarina von Bennewitz con hacha corta el cabo de seguro y un sacudón lanza adelante al escampavía entre medio de las rocas. Siguiendo las ordenes: "Para la máquina... cierra a estribor...atrás toda fuerza...adelante... Cierra a babor..." Salvan la situación crítica y lentamente el "Galvarino" sale del peligro y fondea en medio de la lluvia y el viento en las Crestas de Otter. Pero entretanto el "Gundulic" abandonado a su suerte, luego de tanto esfuerzo para su reflotamiento, en total oscuridad...

¡Qué noche! La noche triste la recordarían todos. Para el Comandante uno la puede imaginar. El Contador entra en su camarote donde se había retirado a meditar los próximos pasos, le invita una taza de café, le ofrece unas palabras de consuelo. Todos enmudecidos sin embargo. No habrá otra noche como ésa en la vida de esos marinos viendo a sus colegas entregados a su suerte... Quiso

Dios que el "Gundulic" sorteara todos los obstáculos a ciegas, sin gobierno, y terminara varado con su proa en la única pequeña playa de la temible costa. De esto se dieron cuenta a las 08.00 del día siguiente. Imaginable felicidad y alivio. A las 11.00 el Comandante y ayudantes subían a bordo encontrando el ánimo y el estado de la dotación excelentes. ¡Qué marinos respondiendo: ¡todo sin novedad mi comandante, no hay averías nuevas, los trabajos de contención de vías de agua están firmes!

Regresado el "Cabrales" de su misión en Evangelistas, se reanudó el remolque hacia Punta Arenas donde se arribó con toda felicidad un mes justo después que el "Gundulic" flotó nuevamente ese 19 de Marzo en marea de sicigia equinoccial.

Veinte años como transporte "Magallanes" sirvió el "Gundulic" a la Armada.

Arturo Fernandois Huerta



'Magallanes' ex 'Gundulic'.

Mi hermana Solange

Solange, hermana de sangre por parte de mi padre, hoy de 32 años, apareció en mi vida en los días en que falleció Sonia.

A la muerte de mis padres y con ocasión del pago de una indemnización de FFCC por el choque de trenes en Queronque, Limache, nos enteramos de su existencia. Nada hicimos en 25 años por saber de su paradero. Era tema interdicto en la familia. Solange tenía 3 años al fallecimiento de mi papá y el impacto de saber de su existencia fue grande para todos.

En 2009 Joaquín recibió un mail en el cual Solange invitaba a que la conocieran. Quería saber de nosotros, sus hermanos, aunque sin imponerse, quería saber si aceptaríamos conocerla.

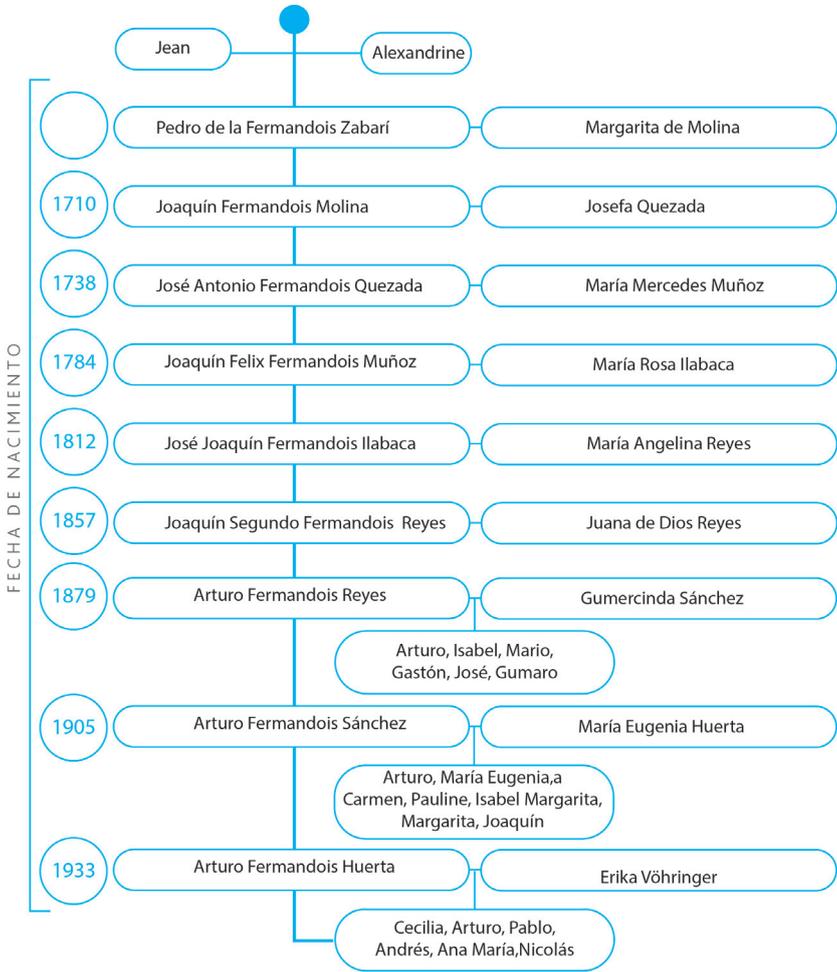
Isabel Margarita y yo acudimos a su llamado, tratando de reparar nuestra falta, el haberla ignorado sabiendo de su existencia. Lleva nuestro apellido porque mi padre la reconoció en su momento. Con Isabel Margarita la hemos visto regularmente desde entonces y nos sentimos sus hermanos.

Solange nació en Valparaíso, su madre Nelly Niño, enfermera, la crió junto a otra hermana, estudió en el Liceo Eduardo de la Barra, luego en la Universidad Católica de Valparaíso, se recibió de ingeniero civil bioquímico, tiene un posgrado en la Universidad de Chile en Santiago y trabaja en la CCU. Su trayectoria ha sido muy destacada, también ha trabajado en Europa.

Isabel Margarita y yo fuimos invitados en abril de 2015 a su matrimonio con Cristian Aravena Ibaceta, también ingeniero como Solange, que se celebró en el Cajón del Maipo. Gran día para ella, se sintió muy agradecida de nuestra participación en el evento. Se presentó con un lindo vestido de novia que le regaló Isabel Margarita. Yo dije unas palabras en el almuerzo al que asistieron unas 70 personas. Estábamos en la mesa de honor y no me pillaron desprevenido, porque iba preparado.

Arturo, mi hijo, manifestó interés en conocerla y concertamos una reunión en mi departamento en marzo de 2015. Me sentí muy feliz porque el encuentro fue muy cálido.

Genealogía FERMANDOIS



Los 5 Arturo's..

Sobre la pronunciación del apellido FERMANDOIS

Resulta interesante revisar este tema. Los Fermandois Huerta nacimos pronunciando el apellido como en español (como los argentinos pronuncian las palabras extranjeras). En mi colegio de los Padres Franceses, donde eran pocos los profesores venidos de Francia, una media docena, generalmente me pronunciaban con la voz francesa en los primeros años. En los cursos superiores, solamente el padre Dionisio y Hervé lo hacían. Le oí decir a mi mamá que el tío capellán, José Luis Fermandois, había aceptado que le pronunciaran a la española, así como también lo hacía el resto de la familia de mi abuelo y seguramente más para atrás en la genealogía.

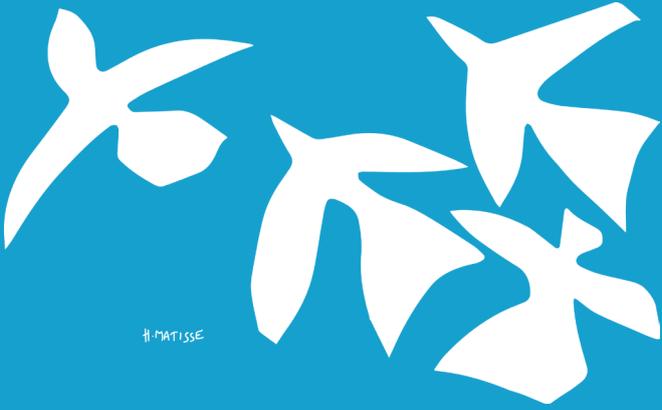
Cuando me vine a trabajar a Santiago en 1960, desde el gerente general para abajo en la oficina, me pronunciaban en francés. La razón era que un primo de mi papá, Francisco Javier Fermandois Farías, abogado y profesor de derecho laboral en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, era conocido en el ambiente, incluso había sido ministro en el gobierno de Ibáñez, se pronunciaba así.

El tío Pepe, en Santiago y también el tío Gumaro, muchas veces pronunciaban su apellido de igual modo en francés.

A Erika que había estudiado francés le gustaba pronunciarlo en ese idioma. Cuando el tío Pepe encontró una copia del testamento de Pierre, a mi no me cupo ya ninguna duda de su origen y entonces cuando los hijos se matricularon en el colegio adoptamos la pronunciación francesa a firme.

En suma, rescaté el origen, del cual estoy orgulloso.

Esa es la historia.



#MATISSE